

## SIGLAS PRINCIPALES

AHSI .....	Archivum Historicum S. I., revista publicada por el Instituto Histórico S. I., Roma.
ArchivRomSI ....	Archivo Romano de la Compañía de Jesús.
CBE .....	Collection de la Bibliothéque des Exercices, Enghien-París.
Ej. ....	Ejercicios. El número puesto a continuación de la sigla se refiere al número del Complementum voluminis Exercitia et Directoria (MHSI), y que se ha adoptado en esta edición.
MANR .....	Manresa, revista de investigación e información ascética y mística, Madrid.
MHSI .....	Monumenta Historica S. I.
MI, Epp. ....	Monumenta Ignaciana Epistolae (MHSI).
MI, Exerc. ....	Exercitia (MHSI).
MI, Const. ....	Constitutiones (MHSI).
MI, Scripta ....	(MHSI).
MI, Font. narr....	Fontes narrativi (MHSI).
RAM .....	Revue d'Ascetique et de Mystique, Toulouse.
RazFe .....	Razón y Fe, Madrid.
ZAM .....	Zeitschrift für Ascese und Mystik.

todo por extenso en Roma. Y, no teniendo en Génova un amanuense español, dicté en italiano lo que de Roma traía escrito en resumen, y terminé la redacción en diciembre de 1555, en Génova <sup>15</sup>.

## CAPITULO I

1. *Juventud de San Ignacio. La herida de Pamplona.*—2. *Es trasladado a Loyola, donde se somete con gran fortaleza a una dolorosísima operación.*—3. *Recibe los Sacramentos. En la víspera de los Santos Pedro y Pablo empieza a experimentar una mejoría.*—4-5. *Quiere que se le corte un hueso deforme. En su convalecencia lee libros piadosos.*—6. *Es agitado por diversos espíritus.*

1. Hasta los veintiséis años de su edad <sup>1</sup> fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra. Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide <sup>2</sup>, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo. Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas <sup>3</sup>; y después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bombarda en una pierna, quebrándosela toda, y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue mal herida.

<sup>15</sup> La parte de la *Autobiografía* que el P. Cámara dictó en italiano se extiende desde empezado el n.º 79 hasta el final de la obra. Dicho padre y el P. Nadal salieron de Roma el 23 de octubre de 1555, el primero enviado a Portugal y el segundo a España. Aquel mismo día salía para Flandes el joven Pedro de Ribadeneira para agenciar la admisión de la Compañía en aquel país. Véase *Fontes narr.* I, *Chronologia* p. 59\*; *MI, Epp.* X 38. El P. Cámara volvió a Roma, ya muerto San Ignacio, en 1558, para asistir a la Congregación general primera, en la que salió elegido asistente de Portugal. Véase el prólogo del P. Nadal, n.º 4\*.

<sup>1</sup> Sobre la dificultad que crea este pasaje para fijar el año en que nació San Ignacio, véase lo que dijimos en la *Introducción* (p. 76-77).

<sup>2</sup> Francisco de Herrera. Los franceses, una vez ocupada la ciudad de Pamplona, propusieron la rendición del castillo. Herrera pidió conferenciar con el jefe de las tropas enemigas, Andrés de Foix, señor de Asparros, y llevó consigo a dicha conferencia a tres de los defensores, uno de los cuales era Iñigo. Según el P. Polanco, Ignacio fue el que «disuadió también el acuerdo por parecerle vergonzoso, y así fue causa de que se pusiesen en armas y se combatiere el castillo, resistiendo hasta que los muros fueron con la artillería rotos y su pierna quebrada» (*Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan*, en *Fontes narr.* I 155).

<sup>3</sup> Confesar los pecados a un seglar, a falta de sacerdote, fue uso de la Edad Media recomendado por Santo Tomás de Aquino (*In IV Sent.* XVII q. 3 a. 3 q. 2 sol. 2). En el *Manual de confesiones* de Fr. Hernando de Talavera, publicado en 1482, se recomienda con estas palabras: «Peca el que lo ministra, sin sacerdote [la confesión], salvo en caso de necesidad, cuando alguno, puesto en peligro de muerte, no pudiendo aver sacerdote, se quiere confesar al que no lo es; aunque esto no es de necesidad, ca si no puede haber sacerdote, la contrición sola le basta» (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles* t. 16 [Madrid 1917] p. 32).

2. Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de se haber apoderado della, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente. Y después de haber estado doce o quince días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra; en la cual, hallándose muy mal, y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez desconcertar y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez, o por se haber desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños.

3. Y iba todavía empeorando, sin poder comer, y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de San Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los Sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

4. Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dijeron que bien se podía cortar, mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo. Y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo<sup>4</sup> se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia.

5. Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna,

<sup>4</sup> Llamábase Martín García de Loyola, hermano mayor de San Ignacio después de la muerte del primogénito, Juan Pérez de Loyola, fallecido en Nápoles el año 1496

y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita Christi* y un libro de la vida de los Santos en romance <sup>5</sup>.

6. Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas, dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes <sup>6</sup>, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas <sup>7</sup>.

7. Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: —¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?— Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando pro-

<sup>5</sup> Los libros que leyó San Ignacio durante su convalecencia fueron la *Vida de Cristo* escrita por el cartujo Ludolfo de Sajonia († 1377), vulgarmente llamado «el Cartujano», y traducida por Ambrosio Montesino. Cf. A. CODINA, *Los orígenes de los ejercicios espirituales* p.220ss. Creemos fue el P. Nadal el primero que dijo que la *Vita Christi* era la del Cartujano. Así lo dijo por lo menos desde la *Apología* de la Compañía contra los doctores de París (1557). Véase *Fontes narr.* II p.64 y p.186.234.404. Cf. p.429. El libro de vidas de santos que leyó San Ignacio fue una traducción de la *Legenda aurea* del dominico Jacobo de Voragine (Varazze), muerto en 1298 en Génova, de donde fue arzobispo. San Ignacio utilizó una edición castellana prologada por Fr. Gauberto M. Vagad. Cf. LETURIA, *El gentilhomme Iñigo López de Loyola* p.156ss.

<sup>6</sup> El sentido que tiene aquí esta palabra parece ser el primero que da Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (ed. de Madrid 1611): «Mote vale tanto como sentencia dicha con gracia y pocas palabras. El griego la llama ἀπόφθεγμα; el francés, *mot*; de donde nosotros decimos mote. Algunas veces significa dicho agudo y malicioso, que en latín llamamos *dicterium*, y de aquí se formó el verbo *motejar*, que es poner falta en alguno.»

<sup>7</sup>Cuál fue la dama de los pensamientos de Iñigo convaleciente, no se ha podido descubrir con certeza. Las hipótesis hasta hoy propuestas se reducen a estas tres principales: 1.ª, D.ª Germana de Foix, sobrina de Luis XII de Francia y segunda esposa de Fernando el Católico, muerto en 1516; 2.ª, Catalina, hermana de Carlos V, nacida en 1507, que en 1525 casó con D. Juan III, rey de Portugal; 3.ª, Leonor, hermana mayor del emperador y de Catalina, esposa que fue sucesivamente de Manuel, rey de Portugal, y de Francisco I de Francia. Las tres hipótesis presentan serias dificultades. Germana de Foix y Leonor de Habsburgo estaban casadas en el tiempo de los ensueños de Iñigo; Catalina no pasaba por entonces de los catorce o quince años. Como San Ignacio guardó en este punto absoluta reserva, será difícil dilucidarlo.

ponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: —Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer—. Duraban también estos pensamientos buen vado <sup>8</sup>, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.

8. Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejado, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en

Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después, cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus <sup>9</sup>.

ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad

de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios.

9. Y cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la idea de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer.

<sup>8</sup> «Término desusado para significar tregua, espacio» (*Diccionario de la lengua española*, por la Real Academia Española, ed. 1925).

<sup>9</sup> Las experiencias de Loyola le sirvieron para cuando más adelante escribió en los *Ejercicios* las Reglas de discreción de espíritus más propias de la primera semana, la primera de las cuales, n.[314], dice así: «La primera regla: en las personas que van de peccado mortal en peccado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y peccados, en las quales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles las consciencias por el sindérese de la razón.»

10. Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación, desta manera. Estando una noche despierto, vido claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así, desde aquella hora hasta el agosto de 53<sup>10</sup>, que esto se escribe, nunca más tuvo ni un minimo consenso en cosas de carne; y por este efeto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Mas, así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente.

11. El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los santos;

y así se pone a escrebir un libro con mucha diligencia—porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa—, las palabras de Cristo, de tinta colorada; las de

El cual tuvo quasi 300 hojas todas escritas de cuarto.

Nuestra Señora, de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano<sup>11</sup>. Parte del tiempo gastaba en escrebir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor<sup>12</sup>. Pensaba muchas veces en su propósito, deseando ya ser sano del todo para se poner en camino.

12. Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofre-

<sup>10</sup> De este pasaje se desprende que San Ignacio empezó a dictar su *Autobiografía* en agosto y no en septiembre, como por equivocación escribió el P. Cámara en su prólogo. Véase p.87 nota 4.

<sup>11</sup> Entre otros autógrafos de San Ignacio, como son algunas cartas y su voto para la elección de general en 1541, nos quedan de su mano algunas enmiendas puestas en el manuscrito de los *Ejercicios*, que por eso se llama *autógrafo*, aun cuando esté escrito por un copista, y en un ejemplar manuscrito de las *Constituciones* de la Compañía.

<sup>12</sup> Semejantes luces y consolaciones siguió experimentando hasta el fin de su vida, y aún hoy se muestra en las «Cappellette di S. Ignazio», o aposentos que ocupó en Roma, un balcón desde el cual contemplaba el cielo y prorrumplía en aquella exclamación que comúnmente se le atribuye: «Cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo».

cíasele meterse en la Cartuja de Sevilla<sup>13</sup>, sin decir quién era para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino hierbas. Mas, cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía, a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja<sup>14</sup>, y la información que della tuvo le pareció bien. Mas, por la razón arriba dicha, y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: —Señor, el duque de Nájera<sup>15</sup>, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete<sup>16</sup> (estaba entonces allí el duque). El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano<sup>17</sup>.

Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación.

de valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano<sup>17</sup>.

## CAPITULO II

13. *Sale San Ignacio de Loyola; visita el santuario de Nuestra Señora de Aránzazu; se dirige a Navarrete; despide a los criados que le habían acompañado.—14-15. Se encuentra con un moro, con el cual disputa sobre la virginidad de María Santísima.—16. Compra un traje de peregrino.—17-18. En Montserrat hace confesión general y vela las armas en el altar de Nuestra Señora. Se dirige a Manresa.*

13. Y así, cabalgando en una mula, otro hermano suyo<sup>1</sup> quiso ir con él hasta Oñate, al cual persuadió en el camino que

<sup>13</sup> Trátase de la cartuja de Santa Maria de las Cuevas, situada en las afueras de Sevilla, hoy día desaparecida.

<sup>14</sup> Era ésta la cartuja de Miraflores.

<sup>15</sup> Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera desde 1515 y virrey de Navarra desde 1516 hasta 1521, en cuyo servicio había estado San Ignacio hasta su herida en Pamplona. Murió el 13 de diciembre de 1535. Sobre él puede verse L. SALAZAR Y CASTRO, *Historia genealógica de la Casa de Lara* II p.170 y 175.

<sup>16</sup> Navarrete es un pueblo situado cerca de Logroño, entre esta ciudad y Nájera.

<sup>17</sup> No consta con certeza cuándo salió Ignacio de su casa paterna, pero puede conjeturarse que fue a finales de febrero de 1522. Cf. *Fontes narr.* I, *Chronologia* p.28\*.

<sup>1</sup> Era, según parece, Pero López de Loyola, sacerdote, quien en 1515 había sido procesado con San Ignacio, y a partir de 1525 fue rector de la iglesia de San Sebastián de Soreasu, en Azpeitia. Cf. LETURIA, *El gentilbombre*<sup>2</sup> p.238.

quisiesen tener una vigilia en nuestra Señora de Aránzazu<sup>2</sup>; en la cual haciendo oración aquella noche para cobrar nuevas fuerzas para su camino, dejó el hermano en Oñate en casa de una hermana que iba a visitar<sup>3</sup>, y él se fue a Navarrete. Y, viniéndole a la memoria de unos pocos de ducados que le debían en casa del duque, le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero; y diciendo el tesorero que no tenía dineros, y sabiéndolo el duque, dijo que para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltase, al cual deseaba dar una buena tenencia<sup>4</sup>, si la quisiese acetar, por el crédito que había ganado en lo pasado. Y cobró los dineros, mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de Nuestra Señora que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien. Y así, despidiendo los dos criados que iban con él<sup>5</sup>, se partió solo en su mula de Navarrete para Monserrate.

14. Y en este camino le acaeció una cosa que será bueno escribirse, para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese; y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios. Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aún más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su inten-

Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que, sin hacer juicios que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho dellos.

<sup>2</sup> Los manuscritos de la *Autobiografía* leen Aranzuz. Es Aránzazu un santuario dedicado a la Santísima Virgen cerca de Oñate. Sobre este santuario puede verse principalmente JOSÉ ADRIÁN DE LIZARRALDE, O.F.M., *Historia de la Virgen y del santuario de Aránzazu* (Editorial «Aránzazu», Oñate 1950). Acerca de la vigilia de San Ignacio en este santuario merecen recordarse las palabras del mismo Santo en carta a San Francisco de Borja a 20 de agosto de 1554: «Y de mí os puedo decir que tengo particular causa para la desear; porque cuando Dios N. S. me hizo merced para que yo hiciese alguna mutación de mi vida, me acuerdo haber recibido algún provecho en mi ánima velando en el cuerpo de aquella iglesia de noche» (MI, *Epp.* VII 422; *Fontes narr.* I p.380 nota 2). Es probable que en esta ocasión hiciera San Ignacio el voto de castidad, aun cuando las fuentes dicen solamente que hizo este voto «en el camino», de Loyola a Montserrat. Así Laínez en su carta sobre San Ignacio (v. *Fontes narr.* I 76; RIBADENEIRA, *Vida* I.1 c.3; J. IRIARTE, *Fijando el sitio del voto de castidad*: Manresa, 3 [1927] 156-164).

<sup>3</sup> No sabemos con certeza a qué hermana de San Ignacio se refiere el texto. Probablemente se trata de Magdalena, casada con Juan López de Gallaiztegui.

<sup>4</sup> «Cargo u oficio de teniente» (*Diccionario de la lengua española*, por la Real Academia Española).

<sup>5</sup> Por el testimonio del sacerdote Miguel de Ipinza, testigo en los procesos hechos

ción era hacer destas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia.

15. Pues, yendo por su camino, le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en Nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir quedando virgen no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dio el peregrino, no pudo deshacer. Y así el moro se adelantó con tanta priesa, que le perdió de vista, quedando pensando en lo que había pasado con el moro. Y en esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánimo descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber, y también le causan indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando mucho en el combate destes deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado hacer. El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar que estaba un poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar.

16. Y así, después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de

Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pïerna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada; este pie le pareció era necesario llevar calzado.

puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar Y haciéndolo así como pensó, quiso Nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa. Y llegando a un pueblo grande antes de Monserrate<sup>6</sup>, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusalén; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no

en Pamplona el año 1607 en orden a la canonización de San Ignacio, sabemos que estos dos criados fueron Andrés de Nabaiz y Juan de Landeta (MI, *Scripta de S. Ignacio* II 821).

<sup>6</sup> Según el P. Araoz, se trata de Lérida. Así lo dice en unas observaciones a la *Vida de San Ignacio* escrita por el P. Ribadeneira: «Compró en Lérida el saco y

es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquélla hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón de la mula.

17. Y fué su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, *Amadís de Gaula* y de semejantes libros<sup>7</sup>, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. Pues, partido deste lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a Monserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor<sup>8</sup>, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora<sup>9</sup>. Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto.

18. La víspera de Nuestra Señora de Marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de Nuestra Señora; y unas veces desta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche. Y en ama-

la alpargata» (MI, *Scripta* I 725). El P. Creixell, *San Ignacio de Loyola* I (Barcelona 1922) 48-51, a quien sigue el P. Leturia, *El gentilhombre*<sup>2</sup> p.253, cree más bien que este «pueblo grande» era Igualada.

<sup>7</sup> Probablemente recordó San Ignacio el acto de armar caballero del primogénito de Amadís de Gaula y de Oriana, tal como se describe en el libro de *Amadís de Gaula* p.4 c.52: véase la edición de Pascual de Gayangos en la Biblioteca de Autores Españoles, vol.40 p.400. Cf. LETURIA, *El gentilhombre*<sup>2</sup> p.256-259.

<sup>8</sup> Era D. Juan Chanon, francés, confesor de los peregrinos que acudían a Montserrat. Véase un elogio de él en MI, *Scripta* II 439-448; consúltese también ALBAREDA, *San Ignasi a Montserrat* 27,56-59.

<sup>9</sup> La mula sirvió durante mucho tiempo en el monasterio. Así lo atestigua el P. Araoz en su juicio sobre la *Vida de San Ignacio* compuesta por Ribadeneira: «La mula duró muchos años en Montserrat» (MI, *Scripta de Ignatio* I 725). La espada y el puñal fueron suspendidos de la reja del altar de la Virgen. Cf. MI, *Scripta* II 385. Después de algún tiempo fueron retirados de allí, de modo que a principios del siglo XVII, cuando se hicieron los procesos remisoriales en orden a la canonización de San Ignacio, se ignoraba su paradero, como consta por una carta del P. Pedro Gil, postulator de la causa, escrita hacia 1607 al P. Gabriel Alvarez: «La espada y daga y cinta y talabarte no se sabe, ni jamás se ha sabido, dónde están» (MI, *Scripta de S. Ignatio* II 835 nota 1). El mismo P. Gabriel Alvarez, en su *Historia de la Provincia de Aragón* (inédita), cuyo prólogo está firmado en 12 de marzo de 1607, y en el capítulo 2, confirma la desaparición de la espada. Véase la nota antes citada de MI, *Scripta* II. Poco antes de 1674 fue entregada al colegio de la Compañía en Barcelona una espada que se decía era la de San Ignacio. Véase AA. SS. *Iulii VII* p.791 n.90; *Fontes narr.* III 603-604; JUAN CREIXELL, S.I., *La espada de San Ignacio de Loyola ofrendada a la Virgen de Montserrat (25 de marzo de 1522)* (Barcelona 1931); F. SOLÀ, *La reliquia de la espada de San Ignacio: Espíritu* (Barcelona 1956) 96-99.

neciendo se partió por no ser conocido, y se fue, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, mas desvióse a un pueblo, que se dice Manresa<sup>10</sup>, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado<sup>11</sup>. Y yendo ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre, que venía con mucha priesa en pos dél, y le preguntó si había él dado unos vestidos a un pobre, como el pobre decía; y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos; de compasión, porque entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado. Mas, por mucho que él huía la estimación, no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijese

<sup>10</sup> Estas palabras de la *Autobiografía* dan como cierto por lo menos un hecho: que, en amaneciendo el 25 de marzo, San Ignacio bajó de Montserrat y se dirigió a Manresa. Con ellas queda excluida la supuesta permanencia de San Ignacio en una cueva de Montserrat, en favor de la cual, por otra parte, creemos no podrá sacarse ningún argumento sólido en las narraciones más antiguas y más autorizadas sobre la vida de San Ignacio escritas hasta el año 1574, todas las cuales hemos publicado en los dos primeros volúmenes de MHSI, *Fontes narr. de San Ignacio*. Ni es esto sólo; estos documentos no sólo pasan en absoluto silencio la supuesta permanencia de San Ignacio en Montserrat, sino que además afirman o suponen su partida inmediata después de la vela de armas, y describen con tales detalles los hechos del Santo en Manresa—donde nos dicen que vivió cerca de un año—, que no parecen dejar lugar a la permanencia por algún tiempo en Montserrat (*Fontes narr.* I 29.80.159.162.166.388; II 523.530.533...). Ante esta realidad, aparece fácilmente el peso que pueden tener algunos escasos y tardíos testimonios, el principal de los cuales es uno atribuido al P. Antonio de Araoz, que ya Ribadeneira calificó de «cuento sin autoridad que dicen del P. Araoz». Fue publicado en MI, *Scripta de S. Ignatio* I 749 y después en *Fontes narr.* III 198-208. No nos toca discutir aquí largamente este punto; bástenos indicar que es muy significativo el silencio de todos los testigos del proceso de San Ignacio en Montserrat, donde más viva había de conservarse la tradición: ninguno habla de la vida solitaria de San Ignacio en Montserrat, mientras que, por el contrario, dos de ellos atestiguan que San Ignacio se retiró a la cueva de Manresa (MI, *Scripta* II 861). El proceso de Montserrat lo publicamos íntegro, tomándolo de la versión latina auténtica, en *Analecta Sacra Tarraconensia*, 15 (1942) 129-170. Lo mismo se confirma después de hallado el original del proceso, del que dio cuenta posteriormente el P. Francisco de P. Solá en *El original del proceso para la canonización de San Ignacio de Loyola celebrado en Barcelona, Manresa y Montserrat*, en *Estudios históricos y documentos publicados por el Colegio Notarial de Barcelona* (1948). A pesar de todo, no creemos pueda negarse que San Ignacio, durante su larga permanencia en Manresa, subió más de una vez a Montserrat; esto se lo debió de sugerir su filial devoción a María y nos lo confirman los procesos; véase, por ejemplo, MI, *Scripta* II 385 y 388.

<sup>11</sup> La permanencia en Manresa, que, según los planes de San Ignacio, había de durar sólo «algunos días», se prolongó hasta más de diez meses: desde el 25 de marzo de 1522 hasta febrero de 1523. Quizás, sin otro motivo externo, se sintió interiormente movido, una vez en Manresa, a permanecer allí. Quizás influyeron dificultades exteriores para que no pudiese salir de la ciudad del Cardoner. Creemos que una causa muy probable fue la prohibición de entrar en Barcelona a causa de la peste. En el *Registre de Crides e ordinations*, años 1519-1530, manuscrito conservado en el *Archivo Histórico de la Ciudad*, de Barcelona, aparecen registrados algunos bandos por los que se prohibía la entrada en la ciudad. Encontramos en los ff.53-54 uno de 2 de mayo de 1522 en que se dice que «statuïren y ordenaren los dits Consellers y prohomens que daci avant no sia permès a algú o alguns pobres mendicants, romeus y romies, acaptadors o acaptadores de qualsevol lengue o nació sien y de qualsevol parts o terres vinguen, entrar en la dita ciutat ni en los suburbis d'aquella sots pena o ban de ser açotats per la dita ciutat a quiscun e per quiscuna vegada que serán trobats en aquella o en los suburbis seus». Pudieron también retener a Ignacio las enfermedades que le aquejaron en Manresa y la tardanza del papa Adriano VI en dirigirse a Roma.

grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Monserrate; y luego creció la fama a decir más de lo que era: que había dejado tanta renta, etc.

### CAPITULO III

19. *Vida penitente de Ignacio en Manresa. Se le aparece en el aire una extraña visión.—20-21. Empieza a ser agitado por diversos espíritus.—22-25. Padece una grave tempestad de escrúpulos.—26-33. Recobra la calma interior; es enseñado por Dios; recibe frecuentes ilustraciones divinas y favores celestiales. La eximia ilustración.—34. Padece una grave enfermedad: mitiga los rigores de su penitencia.—35-37. Se dirige a Barcelona, donde prepara el viaje a Italia.*

19. Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y, si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso. Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No devisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. El se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplacía dello <sup>1</sup>.

20. Hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior, con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Esta misma aparición tuvo, entre otras ocasiones, después de la eximia ilustración, cuando se dirigió a la cruz del Tort; véase más abajo, n.31. El P. Polanco nos la explica con más detalles y hace notar que al fin se dio cuenta Ignacio de que todo aquello provenía del demonio: «En este mismo tiempo se le solía aparecer una serpiente de mucho resplandor con 7 ó 8 ojos, y esto cada día sin faltar ninguno, dos, tres, cinco, seis veces, y consolábase con su presencia, y desconsolábase cuando se le iba; y esta aparición le duró hasta el tiempo que estuvo en París y aun en Roma, aunque él no explica el secreto della» (*Sumario; Fontes narr. I p.160*). Y después de expuesta la eximia ilustración añade Polanco en el mismo *Sumario*: «Vio encima della [de la cruz del Tort] la sierpe que ordinariamente solía mostrársele, y fue certificado que era el demonio» (*ib., p.161*).

<sup>2</sup> Los diez meses largos de permanencia de San Ignacio en Manresa se pueden dividir en tres períodos: el primero, de paz, viviendo «en un mismo estado interior con una grande igualdad y alegría»; el segundo, de escrúpulos y luchas; el tercero, de grandes ilustraciones y dones interiores.

Aquestos días que duraba aquella visión, o algún poco antes que comenzase (porque ella duró muchos días), le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como que si le dijeran dentro del ánima: —¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir?— Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo): —¡Oh miserable! ¿Puedesme tú prometer una hora de vida?— Y así venció la tentación y quedó quieto. Y ésta fue la primera tentación que le vino después de lo arriba dicho. Y fue esto entrando en una iglesia<sup>3</sup>, en la cual oía cada día la Misa mayor y las Vísperas y Completas, todo cantado, sintiendo en ello grande consolación; y ordinariamente leía a la misa la Pasión, procediendo siempre en su igualdad.

21. Mas luego después de la susodicha tentación empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario desto, y tan súbitamente, que parecía habersele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar destas variedades que nunca antes había probado, y a decir consigo: —¿Qué nueva vida es esta que agora comenzamos?— En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque, aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios. Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días, y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el Rey Católico la había llamado una vez para comunicalle algunas cosas. Esta mujer<sup>4</sup>, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dijo: —¡Oh! Plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día—. Mas él espantóse desto, tomando la cosa así a la grossa. —¿Cómo me ha a mí de aparecer Jesucristo?— Perseveraba siempre en sus sóliticas confesiones y comuniones cada domingo<sup>5</sup>.

22. Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión general que había hecho en Monserate había sido con asaz diligencia y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había

<sup>3</sup> Parece tratarse de la iglesia de los dominicos o de la Seo.

<sup>4</sup> No nos ha sido posible identificar a esta piadosa mujer, la cual es mencionada otra vez en el n.37.

<sup>5</sup> Es la primera vez que aparece el uso de la confesión y comunión frecuente, de la cual se hará en adelante San Ignacio ferviente promotor. Véase el índice de materias de los tomos de *Fontes narr.*, en los que se señalan muchos pasajes sobre esta materia.

confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales que le remediasen destos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba. Y, en fin, un doctor de la Seo, hombre muy espiritual que allí predicaba, le dijo un día en la confesión que escribiese todo lo que se podía acordar. Hízolo así; y después de confesado, todavía le tornaban los escrúpulos, adelgazándose cada vez las cosas, de modo que él se hallaba muy atribulado; y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse dellos, mas no lo podía acabar consigo. Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesucristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decírselo al confesor<sup>6</sup>.

23. Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas, como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo. A este tiempo estaba el dicho en una camarilla que le habían dado los dominicanos en su monasterio, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: —Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que, si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré—.

24. Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones, con grande ímpetu, para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas, conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: —Señor, no haré cosa que te ofenda—, replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces. Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días

<sup>6</sup> El «doctor de la Seo» con quien el Santo se confesó fue probablemente un confesor ocasional a quien el Santo acudió en aquel período de oscuridad y lucha. Por entonces se hospedaba en el convento de los dominicos, uno de los cuales, el P. Galcerán Perelló, era el confesor del Santo. Véase J. M.<sup>o</sup> COLL, *San Ignacio de Loyola y el convento de Santo Domingo, de Manresa*: Analecta Sacra Tarracoen-sis, 29 (1956) 313-343; *Fontes narr.* III 198.

hasta que la alcanzó<sup>7</sup>. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacello, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese, o que se viese ya del todo cercana la muerte; porque, si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer (como si<sup>8</sup> lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer).

25. Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, aun<sup>9</sup> de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, aun a media noche, etc. Mas, venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también cómo en aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedesció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos; mas el tercero día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados; y así, como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesallos. Mas en la fin destos pensamientos le vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia.

26. Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas, cuando se iba acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dubdar si venían de

<sup>7</sup> Puede referirse al ejemplo que trae el *Flos Sanctorum* leído por San Ignacio en Loyola: San Andrés apóstol ayunó cinco días para conseguir de Dios el perdón para un viejo llamado Nicolás, que había vivido en pecado sesenta años. Véase *Fontes narr.* I 397 nota 12, y II p.115.238; III 359.

<sup>8</sup> El original dice en latín: «quasi verus».

<sup>9</sup> Aquí, y poco más adelante, el original emplea el latino *etiam*.

buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor dejallas y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así.

27. Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo della; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar dello<sup>10</sup>.

En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y, ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su Divina Majestad; y algo desto se puede ver por los cinco puntos siguientes:

28. Primero. Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres Personas distintamente<sup>11</sup>. Y haciendo también a la Santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad. Mas este pensamiento le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de Nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer, ni después de comer podía dejar de hablar sino en la Santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la Santísima Trinidad.

29. Segundo. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían

<sup>10</sup> Como hemos indicado en la introducción, p.72, probablemente tuvo lugar aquí la primera interrupción en el relato autobiográfico.

<sup>11</sup> El P. Laínez dice que, «por ser hombre simple y no saber sino leer y escribir en romance, se puso a escribir della [la Santísima Trinidad] un libro» (MJ, *Fontes narr.* I 82). El mejor testimonio de la devoción de San Ignacio a la Santísima Trinidad es su *Diario espiritual*, que publicamos en este mismo volumen.

algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas, ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma.

Tercero. En la misma Manresa, adonde estuvo cuasi un año<sup>12</sup>, después que empezó a ser consolado de Dios y vio el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el Corpus Domini, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto, después de tanto tiempo, no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel Santísimo Sacramento Jesucristo nuestro Señor.

Cuarto. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vio en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua<sup>13</sup>. A Nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: Si no hubiese Escripura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto.

30. Quinto. Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo<sup>14</sup>, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual

<sup>12</sup> Como ya dijimos anteriormente, Ignacio permaneció en Manresa desde el 25 de marzo de 1522 hasta mediados (hacia el 17 ó 18) de febrero de 1523. Véase *Fontes narr.* I 81<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> En la misma *Autobiografía* quedan consignadas otras frecuentes apariciones de Jesucristo a San Ignacio en diferentes épocas de su vida; véanse los n.41.44. 48.96.99.

<sup>14</sup> El antiquísimo monasterio de San Pablo y Valldaura, situado al otro lado de la Colina de Santa Clara y sobre el río Cardoner, a unos 400 metros del «Puente viejo», en 1472 pasó a depender del abad cisterciense de Poblet. Los documentos que se conservan no pasan más allá de 1520, por lo cual no podemos saber con certeza el nombre del prior en 1522, cuando San Ignacio visitaba el monasterio. Suelen decir los historiadores que era Alfonso de Agurreta. En 1700 el abad de Poblet vendió el monasterio a los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales reedificaron la casa y restauraron la capilla. En 1767 perdieron esta propiedad por efecto del decreto de expulsión dictado por Carlos III. El monasterio pasó a manos de particulares, y en esta situación se encuentra el día de hoy. SARRET I ARBÓS, *Historia religiosa de Manresa* 208-217; I. PUIG, *Album de Manresa ignaciana* (Barcelona 1950) lámina 69.

iba hondo<sup>15</sup>. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años<sup>16</sup>, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola.

Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes.

31. Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios; y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo que le parecía muy hermosa, con muchos ojos<sup>17</sup>. Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquél era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él, a modo de menosprecio, lo desechara con un bordón que solía traer en la mano.

32. Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas, aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras que eran allí venidas por visitalle, que por amor de Dios, cuando

<sup>15</sup> El sentido de esta palabra, claro para el que conoce la topografía del lugar, es que San Ignacio se sentó en un sitio elevado, con el rostro vuelto hacia el río que corría más abajo.

<sup>16</sup> Sobre la edad que se atribuye a sí mismo San Ignacio en este pasaje véase lo que apuntamos en la *Introducción* p.76. Este pasaje dio lugar a una de las opiniones por las que pasó Polanco, la de atribuir a San Igoacio sesenta y tres años al tiempo de su muerte (cf. MI, *Fontes narr.* II 512<sup>s</sup>). Ya dijimos que se retractó y que al fin optó por el nacimiento de San Ignacio en 1495. La opinión intermedia de Polanco, oacimiento en 1493 y edad de sesenta y tres años a su muerte, es la sostenida por DUDON, *Saint Ignace* p.614. Ya observamos que esta opinión es poco probable.

<sup>17</sup> Véase el n.19. La cruz a que se refiere es la llamada Cruz del Tort.

otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.

33. Otra vez, viniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte<sup>16</sup>. En este tiempo, examinándose bien y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado.

Otra vez, el año de 50, estuvo muy malo de una muy recia enfermedad, que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última<sup>19</sup>. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación.

34. Veniendo el invierno, se enfermó de una enfermedad muy recia, y para curarle le ha puesto la cibdad en una casa del padre de un Ferrera<sup>20</sup>, que después ha sido criado de Baltasar de Faria<sup>21</sup>; y allí era curado con mucha diligencia; y por la devoción que ya tenían con él muchas señoras principales, le venían a velar de noche<sup>22</sup>. Y rehaciéndose desta enfermedad, quedó todavía muy debilitado y con frecuente dolor de estómago. Y así por estas causas, como por ser el invierno muy frío, le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso y un bonete de lo mismo, como media gorra. Y a este tiempo había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces dellas. Ibase allegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén<sup>23</sup>.

35. Y así, al principio del año de 23, se partió para Barce-

<sup>16</sup> En el año 1535. Véase el n.91.

<sup>19</sup> Trátase de una enfermedad que padeció San Ignacio a fines de 1550 y siguió aquejándole hasta principios de 1551 (MI, *Fontes narr.* I p.48\*).

<sup>20</sup> Según el P. Nonell (*Manresa ignaciana* p.76 nota 1), San Ignacio se refiere probablemente a un hijo de Antonio Benito Ferrer y de su esposa Juana. Más adelante fue criado de Baltasar de Faria, encargado de negocios del rey de Portugal en Roma en 1543-1551. Juana Ferrer (o Ferrera, como entonces se acostumbraba a decir) es contada en los procesos de San Ignacio entre las bienhechoras del Santo. Véase MI, *Scripta* II 367.370.379.738.748

<sup>22</sup> Véase la nota anterior.

<sup>22</sup> Las piadosas señoras que más favorecieron a San Ignacio en Manresa fueron Inés Pascual, Angela Amigrant, Micaela Canyelles, Inés Clavera, Brianda Paguera.

<sup>23</sup> Es curioso que San Ignacio no habla de la composición de los *Ejercicios* en esta su narración de lo que le sucedió en Manresa. Esta omisión la suplió al final de su relato autobiográfico (véase n.99) respondiendo rápidamente a una pregunta del P. Cámara.

lona para embarcarse<sup>24</sup>. Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día a unos que le mucho instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loádosela mucho, él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona<sup>25</sup>, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperaríá ayuda de él; y cuando cayese, le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél y le tenía afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto que decía desta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión. Y empezando a negociar la embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de balde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún biscocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo del mundo le recibirían.

36. El cual biscocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos: —¿Esta es la esperanza y la fe que tú tenías en Dios, que no te faltaría?—, etc. Y esto con tanta eficacia, que le daba gran trabajo. Y al fin, no sabiendo qué hacerse, porque de entrambas partes veía razones probables, se determinó de ponerse en manos de su confesor; y así le declaró cuánto deseaba seguir la perfección y lo que más fuese gloria de Dios, y las causas que le hacían dubdar si debía llevar mantenimiento. El confesor se resolvió que pidiese lo necesario y que lo llevase consigo. Y pidiéndolo a una señora, ella le demandó para dónde se quería embarcar. El estuvo dudando un poco si se lo diría; y a la fin no se atrevió a decirle más, sino que venía a Italia y a Roma. Y ella, como espantada, dijo: —¿A Roma queréis ir? Pues los que van allá, no sé cómo vienen— (queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espíritu). Y la causa por que él no osó decir que iba a Jerusalén fue por temor de la vanagloria; el cual temor tanto le afligía, que nunca osaba decir de qué tierra ni de qué casa era<sup>26</sup>. Al fin, habido el biscocho, se embarcó; mas, hallándose en la playa con cinco o seis blancas de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque desta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa.

<sup>24</sup> Como ya anotamos anteriormente (nota 11), parece que salió de Manresa el 17 ó 18 de febrero de 1523. Cf. *Fontes narr.* I 81<sup>16</sup>.

<sup>25</sup> Todos los textos castellanos, con manifiesto error, leen Carmona. La familia de Cardona pertenecía a la más ilustre nobleza de Cataluña. Una hermana del duque de Cardona estaba casada con Antonio Manrique de Lara, a quien había servido San Ignacio. Cf. SALAZAR Y CASTRO, *Historia genealógica de la casa de Lara* II p.176.

<sup>26</sup> Véase el prólogo del P. Luis Gonçalves da Cámara, n.1\* p.86.

37. Y se embarcó, habiendo estado en Barcelona poco más de veinte días. Estando todavía aún en Barcelona antes que se embarcase, según su costumbre buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la cibdad, para tratar con ellas. Mas, ni en Barcelona ni en Manresa, por todo el tiempo que allí estuvo, pudo hallar personas que tanto le ayudasen como él deseaba; solamente en Manresa aquella mujer, de que arriba está dicho<sup>27</sup>, que le dijera que rogaba a Dios le apareciese Jesucristo: esta sola le parecía que entraba más en las cosas espirituales. Y así, después de partido de Barcelona, perdió totalmente esta ansia de buscar personas espirituales.

## CAPITULO IV

38-39. *Desembarca en Gaeta y emprende el camino hacia Roma.*  
 40-41. *Recibida la bendición del papa Adriano VI, parte para Venecia.*—42-43. *Es acogido con benevolencia por un español. Obtiene pasaje gratuito para Tierra Santa; sale para Chipre; corrige los abusos que se cometían en la nave.*—  
 44-48. *Llega a Jerusalén y visita con gran devoción los Santos Lugares. No consigue permiso para quedarse, y se ve obligado a regresar a Europa.*

38. Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aunque con harto temor de todos por la mucha tempestad. Y por toda aquella tierra se temían de pestilencia; mas él, como desembarcó, comenzó a caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábitos de muchacho, y un otro mozo. Estos le seguían, porque también mendicaban. Llegados a una casería, hallaron un grande fuego y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escallentalles. Después los apartaron, poniendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el pelegrino con el mozo en un establo. Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos; y, levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose que las querían forzar. A él le vino con esto un ímpeto tan grande, que empezó a gritar, diciendo: —¿Esto se ha de sufrir?— y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que

<sup>27</sup> N.21.

ninguno le hiciese mal ninguno. El mozo había ya huído, y todos tres empezaron a caminar así de noche.

39. Y llegados a una cibdad que estaba cerca, la hallaron cerrada; y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida. A la mañana no les quisieron abrir la cibdad; y por de fuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí, en el cual el pelegrino se halló flaco, así del trabajo de la mar, como de lo demás, etc. Y no pudiendo más caminar, se quedó allí; y la madre y la hija se fueron hacia Roma. Aquel día salieron de la cibdad mucha gente; y sabiendo que venía allí la señora de la tierra<sup>1</sup>, se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo; que le pedía le dejase entrar en la cibdad para buscar algún remedio. Ella lo concedió fácilmente. Y empezando a mendicar por la cibdad, halló muchos cuatrines<sup>2</sup>, y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino, y llegó a Roma el Domingo de Ramos<sup>3</sup>.

40. Donde todos los que le hablaban, sabiendo que no llevaba dineros para Jerusalén, le empezaron a disuadir la ida, afirmandole con muchas razones que era imposible hallar pasaje sin dineros; mas él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dubdar sino que había de hallar modo para ir a Jerusalén. Y habiendo tomado la bendición del papa Adriano VI, después se partió para Venecia, ocho días o nueve después de Pascua de Resurrección<sup>4</sup>. Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén, y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera. Mas, dos días después de ser salido de Roma, empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dejarlos. Mas al fin se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrescían, que ordinariamente eran pobres. Y hízolo de manera que, cuando después llegó a Venecia, no llevaba más que algunos cuatrines, que aquella noche le fueron necesarios.

<sup>1</sup> El P. Tacchi Venturi sostiene con fundamento que se trata de la condesa Beatriz Appiani, esposa de Vespasiano Colonna, señora de Fondi. Según esto, fue Fondi la ciudad a la que llegó San Ignacio. *Storia della Compagnia di Gesù in Italia* II parte prima (2 ed., 1950) p.40.

<sup>2</sup> Moneda antigua de poco valor; la palabra se usa aún hoy día en Italia para significar, en lenguaje familiar, dinero.

<sup>3</sup> En 1523, el Domingo de Ramos fue el día 29 de marzo.

<sup>4</sup> Recayó aquel año la Pascua en el día 5 de abril, de donde se deduce que Ignacio salió de Roma para Venecia el 13 ó 14 de dicho mes. El permiso para ir a Jerusalén, otorgado por Adriano VI a San Ignacio, se conserva en el Archivo Vaticano y lleva por fecha el 31 de marzo de 1523, es decir, dos días después de la llegada del Santo a Roma. En él es llamado: «Enecus de Loyola, clericus pampilonensis diocesis». El texto ha sido publicado por los PP. Leturia y Batllori en *Archivum Historicum Soc. Iesu* 25 (1956) 26.

41. Todavía, por este camino hasta Venecia, por las guardas que eran de pestilencia, dormía por los pórticos; y alguna vez le acaeció, en levantándose a la mañana, topar con un hombre, el cual, en viendo que le vio, con grande espanto se puso a huir, porque parece que le debía de ver muy descolorido.

Caminando así llegó a Chozas<sup>5</sup>, y con algunos compañeros que se le habían ajuntado, supo que no les dejarían entrar en Venecia; y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y así partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio, dejándole, cuasi noche, en un grande campo; en el cual estando, le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, como arriba hemos dicho<sup>6</sup>, y lo confortó mucho. Y con esta consolación, el otro día a la mañana, sin contrahacer cédula, como (creo) habían hecho sus compañeros, llega a la puerta de Padua, y entra sin que las guardas le demanden nada; y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros que venían de tomar cédula para ir a Venecia, de la cual él no se curó.

42. Y llegados a Venecia, venieron las guardas a la barca para examinar a todos, uno por uno, cuantos había en ella; y a él solo dejaron. Manteníase en Venecia mendicando, y dormía en la plaza de San Marcos<sup>7</sup>; mas nunca quiso ir a casa del embajador del emperador<sup>8</sup>, ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar; y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Jerusalén; y ésta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dubdar.

Un día le topó un hombre rico español<sup>9</sup> y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente; mas estaba escuchando lo que se

<sup>5</sup> Chioggia en italiano, ciudad distante 30 km. de Venecia, en la extremidad sur de la laguna.

<sup>6</sup> N. 29, 4.º

<sup>7</sup> Dormía San Ignacio en la plaza de San Marcos bajo los pórticos que reciben el nombre de *Procuratie vecchie*. No lejos de allí estaba el palacio del senador Marco Antonio Trevisán (hoy palacio «Cappello»), el cual, según afirma una antiquísima tradición, no pudo descansar hasta que, saliendo a la plaza, encontró a San Ignacio y le invitó a dormir en su casa. Véase *Fontes narr.* II 433 y 536; III 374; RIBADENEIRA, *Vida* I.1 c.10.

<sup>8</sup> Era éste Alonso Sánchez.

<sup>9</sup> No hemos podido descubrir hasta ahora el nombre de este español que caritativamente atendió a San Ignacio en Venecia. Más adelante, n. 50, nos dirá San Ignacio que a la vuelta de Jerusalén «le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalén». Ya sabemos (v. nota 7) que uno de los dos fue el senador Marco Antonio Trevisán.

decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía.

43. Y ésta fue la causa por que el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella; y el mismo huésped lo llevó al duque de Venecia<sup>10</sup> para que le hablase, esto es<sup>11</sup>, le hizo dar entrada y audiencia. El duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro<sup>12</sup>.

Aunque aquel año eran venidos muchos peregrinos a Jerusalén, los más dellos eran vueltos a sus tierras por el nuevo caso que había acaescido de la tomada de Rodas<sup>13</sup>. Todavía había trece en la nave pelegrina, que partió primero<sup>14</sup>, y ocho o nueve quedaban para la de los gobernadores<sup>15</sup>; la cual estando para partirse, le viene al nuestro peregrino una grave enfermedad de calenturas; y después de haberle tratado mal algunos días, le dejaron, y la nave se partía el día que él había tomado una purga. Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Jerusalén, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar. En esta nave se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprehendía con severidad.

<sup>10</sup> Era dux de Venecia Andrea Gritti (1455-1538). Había sido elegido para aquella dignidad el 10 de mayo de 1523, es decir, unos cuatro días antes de la llegada de San Ignacio a Venecia. Véase *Fontes narr.* I p.29\* nota 43.

<sup>11</sup> El texto dice en latín: «id est».

<sup>12</sup> Sobre el viaje de San Ignacio desde Venecia a Palestina nos suministran abundantes datos dos diarios escritos por otros tantos compañeros de San Ignacio en aquella peregrinación. Uno fue Peter Füssli, ciudadano de Zurich, de oficio fundidor de campanas, por el cual sabemos los nombres de otros tres compañeros: el capitán Hünegg, de Mellingen; el conciudadano de Füssli, Heini Ziegler, y el tirolés Conrado Bernhard. La relación de Füssli, escrita en alemán antiguo, ha sido publicada, aparte de otras ediciones, por Böhmer, en su obra *Studien zur Gesellschaft Jesu*, I Band: *Loyola* (edición de 1914). En las dos posteriores ediciones de la obra de Böhmer, cuidadas por Haus Leube, en 1941 y 1951, el interesante texto de Füssli ha sido omitido. El mismo Böhmer, p.4 de sus *Texten*, en la mencionada obra, nos da cuenta del otro diario compuesto por el estrasburgués Felipe Hagen, publicado por LUDWIG CONRADY, *Vier rheinische Palaestina-Pilgerschriften* (Wiesbaden 1882). Los datos más importantes que se encuentran en el diario de Füssli pueden verse resumidos en *Fontes narr.* I 420-422, 428-429. El mismo San Ignacio escribió desde Jerusalén a sus amigos de Barcelona una relación de su viaje a Palestina, la cual vio el P. Ribadeneira, como él mismo nos lo atestigua. Desgraciadamente, este documento precioso se ha perdido. Véase *Fontes narr.* I 1-4

<sup>13</sup> Rodas había sido tomada por los turcos el año anterior, el 12 de diciembre de 1522.

<sup>14</sup> Esta era la nave más pequeña, en la cual se embarcaron 13 peregrinos, entre ellos Felipe Hagen. Zarpó de Venecia el 29 de junio.

<sup>15</sup> Era más grande y se llamaba *Negrona*. Pertenecía a Benedetto Ragazzoni. En ella hizo su viaje San Ignacio con otros peregrinos, ocho en total, entre ellos Peter Füssli, autor del diario de que hemos hablado en la nota 12. Los españoles eran cuatro: San Ignacio, un sacerdote cuyo nombre nos es desconocido, el comendador de la Orden de San Juan, Diego Manes, y un criado suyo. Iba también en ella el nuevo gobernador de Chipre, Niccolò Dolfín. En Chipre, como nos dice poco después San Ignacio, dejada la nave *Negrona*, los peregrinos se juntaron con los de la nave «peregrina».

44. Los españoles que allí iban le avisaban no lo hiciese, porque trataban los de la nave de dejarlo en alguna ínsula. Mas quiso nuestro Señor que llegaron presto a Cipro, adonde, dejada aquella nave, se fueron por tierra a otro puerto que se dice Las Salinas<sup>16</sup>, que estaba diez leguas de allí, y entraron en la nave pelegrina, en la cual tampoco no metió más para su mantenimiento que la esperanza que llevaba en Dios, como había hecho en la otra. En todo este tiempo le aparecía muchas veces nuestro Señor, el cual le daba mucha consolación y esfuerzo; mas parecíale que vía una cosa redonda y grande, como si fuere de oro, y esto se le representaba después de partidos de Cipro llegaron a Jafa<sup>17</sup>; y caminando para Jerusalén en sus asnillos, como se acostumbra, antes de llegar a Jerusalén dos millas, dijo un español, noble, según parecía, llamado por nombre Diego Manes, con mucha devoción a todos los pelegrinos que, pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa cibdad, que sería bueno todos se aparejasen en sus consciencias, y que fuesen en silencio.

45. Y pareciendo bien a todos, se empezó cada uno a recoger; y un poco antes de llegar al lugar donde se veía, se apearon, porque vieron los frailes con la cruz que los estaban esperando. Y viendo la cibdad, tuvo el pelegrino grande consolación; y, según los otros decían, fue universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitas de los lugares santos.

Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián<sup>18</sup>, las cuales le dio, y le dijo su

<sup>16</sup> Cerca de Lárnaca.

<sup>17</sup> La puntuación de este pasaje no es la misma en todos los códices. Ninguna carece de dificultades. Seguimos la del texto *N*, que se debe considerar, en general, como el mejor de los manuscritos, y por eso se ha tomado como básico en la edición crítica de la *Autobiografía* en *Fontes narrativi* I. Este texto, como en general los otros, dan a entender que estas apariciones de Jesús a San Ignacio tuvieron lugar después de la partida de Chipre. El texto *Ve* (Roma, Biblioteca Vittorio Emanuele, *ms. gesuit. 1372*) pone punto después de «se le representaba», con lo cual no se fija el tiempo y lugar de estas apariciones. El P. Larrañaga ha escogido esta lectura y puntuación (*Obras completas de San Ignacio* I p.218). A nuestro modo de ver, la puntuación del texto *Ve* presenta una gran dificultad, y es que, según ella, la frase «y esto se le representaba» parece estar de más. Los peregrinos debieron llegar a Jaffa el 24-25 de agosto, pero no pudieron desembarcar hasta el 31. El 4 de septiembre entraron en Jerusalén. Para la cronología de la visita a los Santos Lugares véase *Fontes narr.* I 422 nota 11.

<sup>18</sup> No consta quién era por entonces el guardián del convento de Montesión. Este cargo duraba un trienio y daba al que lo tenía jurisdicción sobre los demás conventos franciscanos de Tierra Santa. El 23 de mayo de 1523, durante el capítulo general celebrado en Burgos, fue nombrado para aquel cargo Angel Tassi de Ferrara, de la provincia observante de Bolonia; pero es cierto que no se puso en camino hasta mayo de 1524. Zenobio Masi de Florencia, de la provincia observante de Toscana, elegido en 1517 y confirmado en 1518, duró en el cargo hasta 1520. De 1520 a 1523 tuvo que haber otro, cuyo nombre ignoramos, elegido seguramente

intención de quedar allí por su devoción, mas no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía, y la primera había muchas veces publicado. El guardián le respondió que no veía cómo su quedada pudiese ser, porque la casa estaba en tanta necesidad, que no podía mantener los frailes, y por esa causa estaba determinado de mandar con los pelegrinos algunos a estas partes. Y el pelegrino respondió que no quería ninguna cosa de la casa, sino solamente que, cuando algunas veces él viniese a confesar, le oyesen de confesión. Y con esto el guardián le dijo que de aquella manera se podría hacer; mas que esperase hasta que viniese el provincial (creo que era el supremo de la orden en aquella tierra), el cual estaba en Belén <sup>19</sup>.

46. Con esta promesa se aseguró el pelegrino, y empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales. Teniendo ya escrita una <sup>20</sup> y estando escribiendo la otra, víspera de la partida de los pelegrinos, le vienen a llamar de parte del provincial y del guardián, porque había llegado; y el provincial le dice con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había bien pensado en la cosa; y que, por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía. Porque muchos habían tenido aquel deseo, y quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos; y por tanto él se aparejase de ir el otro día con los pelegrinos. El respondió a esto que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor. A esto dijo el provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese, y para poder descomulgar a quien no les quisiese obedecer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía de quedar, etc.

47. Y queriéndole demostrar las bulas, por las cuales le podían descomulgar, él dijo que no era menester verlas; que él creía a sus reverencias; y pues que ansí juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedecería. Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte

en el capítulo general de 1521. Tomamos estos datos de A. ARCE, O. F. M., *Iñigo de Loyola en Jerusalén (1523)*. Nuevos datos: Tierra Santa, 32 (Jerusalén 1957) 197-209.

<sup>19</sup> El provincial, que por entonces estaba visitando el territorio de su jurisdicción, era entonces el P. Marcos de Salodio. Véase Arce, citado en la nota anterior. Sobre el viaje de San Ignacio a Tierra Santa, véase también S. BARTINA, S. I., *Tierra Santa en la vida y en la obra de San Ignacio de Loyola: Razón y Fe*, 158 (1958) 55-74.

<sup>20</sup> Era ésta probablemente la narración del viaje desde Venecia a Jerusalén, hoy día perdida, de la que hicimos mención en la nota 12.

Olivetete antes que se partiese, ya que no era voluntad de nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares. En el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún agora las pisadas impresas; y esto era lo que él quería tornar a ver. Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar las guardas. Les dio un cuchillo de las escribanías que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfage; y estando allá, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá, creo que dio las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar.

48. Cuando en el monasterio se supo que él era partido así sin guía, los frailes hicieron diligencias para buscarle; y así, descendiendo él del monte Olivete, topó con un cristiano de la cintura <sup>21</sup>, que servía en el monasterio, el cual, con un grande bastón y con muestra de grande enojo, hacía señas de darle. Y llegando a él, trabóle reciamente del brazo, y él se dejó fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca le desasio. Yendo por este camino así asido del cristiano de la cintura, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que vía Cristo sobre él siempre. Y esto hasta que allegó al monasterio duró siempre en grande abundancia.

## CAPITULO V

49. *Regresando de Palestina pasa por Chipre, y después de superar una fuerte tempestad, desembarca en Venecia.—50-53. Decide ir a Barcelona para estudiar. Camino de Génova pasa por Ferrara y atraviesa los campamentos de tropas imperiales y francesas. Preso como espía, es injuriado y se le representa Jesucristo. Se embarca para Barcelona*

49. Partiendo el otro día <sup>1</sup> y, llegados a Cipro, los pelegriños se apartaron en diversas naves. Había en el puerto tres o cuatro naves para Venecia. Una de turcos, y otra era un navío muy pequeño, y la tercera era una nave muy rica y poderosa de un hombre rico veneciano <sup>2</sup>. Al patrón desta pidieron algunos pelegri-

<sup>21</sup> Así eran llamados los cristianos sirios que servían en el convento de Montesión, sin duda por el ceñidor con que sujetaban su hábito a la cintura.

<sup>1</sup> El 23 de septiembre de 1523.

<sup>2</sup> Jerónimo Contarini. Por el diario de Füssli conocemos los nombres de otras dos naves grandes, una llamada *Malipiera* y otra *Maran*. En la *Malipiera* lograron embarcarse Peter Füssli y sus compañeros, no así San Ignacio, totalmente despro-

nos quisiese llevar el pelegrino; mas él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron, alabándole, etc. Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase como pasó Santiago, o una cosa símile. Estos mismos rogadores lo alcanzaron muy fácilmente del patrón del pequeño navío. Partieron un día con próspero viento por la mañana, y a la tarde les vino una tempestad, con que se despartieron unas de otras, y la grande se fue a perder junto a las mismas islas de Cipro, y sólo la gente salvó; y la nave de los turcos se perdió, y toda la gente con ella, con la misma tormenta. El navío pequeño pasó mucho trabajo, y al fin vinieron a tomar una tierra de la Pulla; y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el pelegrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo.

50. Llegó a Venecia mediado enero del año 24, habiendo estado en el mar desde Cipro todo el mes de noviembre y diciembre, y lo que era pasado de enero. En Venecia le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalén<sup>3</sup>, y le dio de limosna 15 ó 16 julios<sup>4</sup> y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía.

Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría<sup>5</sup>, y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona; y así se partió de Venecia para Génova. Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete<sup>6</sup>, que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquél vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al 3.º, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. El respondió que le perdonasen, que no tenía más nada.

51. Y así se partió de Ferrara para Génova. Halló en el camino unos soldados españoles, que aquella noche le hicieron

visto de recursos con que pagar el pasaje. No sabemos qué nombre tenía ni quién era el patrón del «navío muy pequeño» en el que logró ser admitido. Cf. *Fon-tes narr.* I 428 nota 1.

<sup>3</sup> Véase n.42 notas 7 y 9.

<sup>4</sup> Moneda equivalente a la décima parte de un ducado. Recibió su nombre del papa Julio II. E. MARTINORI, *La moneta. Vocabolario generale* (Roma 1917) p.184.

<sup>5</sup> El texto dice en latín: «quid agendum».

<sup>6</sup> Del italiano *marchetto*, moneda que valía un sueldo (*soldo*) y equivalía a la vigésima parte de una lira veneciana. MARTINORI, *o.c.*, p.270.

buen tratamiento; y se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester pasar cuasi por medio de entrambos los ejércitos, franceses e imperiales<sup>7</sup>, y le rogaban que dejase la vía real, y que tomase otra segura que le enseñaban. Mas él no tomó su consejo; sino, caminando su camino derecho, topó con un pueblo quemado y destruido, y así hasta la noche no halló quien le diese nada para comer. Mas cuando fue a puesta de sol, llegó a un pueblo cercado, y las guardas le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sabía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, trabaron dél para que viniese al capitán: que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y llevaronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos

52. En esta ida tuvo el pelegrino comò una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras. Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento. El tenía por costumbre de hablar, a cualquiera persona que fuese, por vos, teniendo esta devoción, que así hablaba Cristo y los apóstoles, etc. Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dejar aquella costumbre en aquel trance y hablar por señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar, etc. Mas como conosció que era tentación: —Pues así es, dice, yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza

53. Llegan al palacio del capitán, y déjanle en una sala baja, y de allí a un rato le habla el capitán. Y él sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron: —Este hombre no tiene seso; dalde lo suyo y echaldo fuera—. Salido de palacio, luego halló un español que allí vivía, el cual lo llevó así a su casa, y le dio con que se desayunase y todo lo necesario para aquella noche. Y partido a la mañana, caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados que estaban en una torre, y bajaron a prendelle. Y llevándolo al capitán, que era francés, el capitán le preguntó, entre las otras cosas, de qué tierra era; y entendiendo que era de Guipusca, le dijo:

<sup>7</sup> Estaban en guerra el emperador Carlos V y el rey de Francia Francisco I. que se disputaban el ducado de Milán. San Ignacio hizo este viaje en febrero de 1524. Un año más tarde se decidió aquella guerra en la batalla de Pavia, en la cual Francisco I fue hecho prisionero y trasladado a Madrid.

—Yo soy de allí de cerca—, parece ser junto a Bayona; y luego dijo: —Llevadle, y dalde de cenar, y hacelde buen tratamiento—. En este camino de Ferrara para Génova pasó otras cosas muchas menudas, y a la fin llegó a Génova, adonde le conoció un viscaíno que se llamaba Portundo <sup>8</sup>, que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del Rey Católico <sup>9</sup>. Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual entonces era francés <sup>10</sup>.

## CAPITULO VI

54-55. *En Barcelona comienza sus estudios y tiene que vencer algunas dificultades que se le presentan.*—56-57. *Se dirige a Alcalá para estudiar filosofía y teología.*—58-59 *Se ocupa en dar los ejercicios y en declarar la doctrina cristiana. Es sometido a proceso.*—60-62. *Es encarcelado y después dejado en libertad.*—63. *Sale de Alcalá en dirección de Valladolid y Salamanca.*

54. Llegado a Barcelona <sup>1</sup> comunicó su inclinación de estudiar con Guisabel Roscer <sup>2</sup>, y con un maestro Ardévol <sup>3</sup>, que enseñaba gramática. A entrambos pareció muy bien, y él se ofreció

<sup>8</sup> Su verdadero nombre era Rodrigo Portuondo, «general de las galeras de España» (Ribadeneira). En 1524 protegió la vuelta de la escuadra imperial desde Marsella a Génova. Murió en 1529, en lucha contra los corsarios, junto a la isla de Formentera. Cf. *Fontes narr.* II 435<sup>36</sup>.

<sup>9</sup> San Ignacio sirvió en la casa de Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor (o ministro de Hacienda) del Rey Católico. En un sentido lato se podía decir, según esto, que estuvo al servicio del Rey Católico. Como escribe el P. Fidel Fita: «el Contador Mayor, en razón a su oficio, solía estar al lado de los Reyes, y dondequiera que éstos iban, tenía señalada casa o alojamiento» (*Boletín de la Real Academia de la Historia* 17 [1890] 498 nota 4).

<sup>10</sup> Andrés Doria (1466-1560), genovés, en 1522 siguió a Francisco I; después de la derrota de éste en Pavia el año 1525, pasó al servicio del papa Clemente VII; finalmente, en 1528 se pasó definitivamente a la parte de Carlos V y de España.

<sup>1</sup> Poco más abajo, en el n.57, nos dirá San Ignacio que llegó a Barcelona «el año 24, en la cuaresma» (9 febrero-27 marzo). Habiendo llegado a Venecia «mediado enero del año 24» (cf. n.50), y habiendo recorrido a pie el largo trayecto de Venecia a Génova, y después por mar la travesía hasta Barcelona, podemos conjeturar que llegó a esta última ciudad en la segunda quincena de febrero o a principios de marzo.

<sup>2</sup> Léase Roser. Su nombre se escribe también Rosés y Rosell. Nosotros nos atenemos a la forma empleada por el mismo San Ignacio—Roser—en carta autógrafa a Jaime Cazador, 12 de febrero de 1536, publicada en MI, *Epp.* I 93-99. Conoció a San Ignacio ya en 1523, durante la primera permanencia de San Ignacio en Barcelona. En esta ciudad fue su gran bienhechora durante todo el tiempo de sus estudios y siguió siéndolo cuando el Santo se trasladó a París. En 1543 fue a Roma con otras dos compañeras y en 1545 logró su deseo de hacer sus votos poniéndose a la obediencia de la Compañía; pero, por varias dificultades que después surgieron, consiguió San Ignacio que fuera dispensada de ellos y que la Compañía quedase en adelante libre del cargo de mujeres sujetas a su obediencia. Isabel Roser regresó en 1547 a Barcelona, donde profesó como franciscana en el convento de Santa María de Jerusalén, en el que piadosamente murió.

<sup>3</sup> Jerónimo Ardévol (y no Ardévalo, como escribe el P. Ribadeneira, *Vida* I.1 c.13), siendo bachiller, regentó la cátedra de gramática en el *Estudio General* de

enseñarle de balde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse. Tenía el pelegrino en Manresa un fraile, creo que de sant Bernardo, hombre muy espiritual, y con éste deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aun aprovechar a las ánimas. Y así respondió que aceptaba la oferta, si no hallase en Manresa la comodidad que esperaba. Mas, ido allá, halló que el fraile era muerto<sup>4</sup>; y así, vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con harta diligencia. Mas empedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, como es necesario en los principios de gramática, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase la podía echar.

55. Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: —Ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misa no me vienen estas inteligencias tan vivas—; y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación. Y después de hecha oración se fue a Santa María de la Mar<sup>5</sup>, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco. Y así sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo: —Yo os prometo de nunca faltar de oíros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener—. Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones. El dolor de estómago que le tomó en Manresa, por causa del cual tomó zapatos, le dejó, y se halló bien del estómago desde que partió para Jerusalén. Y por esta causa, estando en Barcelona estudiando, le vino deseo de tornar a las penitencias pasadas; y así empezó hacer un agujero en las suelas de los zapatos. Ibalos ensanchando poco a poco, de modo que, cuando llegó el frío del invierno, ya no traía sino la pieza de arriba.

56. Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes, y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar

Barcelona durante el curso 1525-1526, cuando San Ignacio fue alumno de aquel *Estudio*, como creemos haber probado en nuestro artículo *Los estudios de San Ignacio en Barcelona (1524-1526)* (Archivum Historicum Societatis Iesu, 10 [1941] 283-293). Dijimos en aquel lugar que antes del curso 1525-1526, probablemente el maestro Ardévol fue repetidor o profesor especial de San Ignacio, cargo que existía en dicho *Estudio* conforme a los estatutos de 1508. Según esto, pudo Ardévol ayudar al Santo en sus estudios ya en seguida después de la llegada de éste a Barp. 85-100.

<sup>4</sup> Tratábase sin duda de un monje cisterciense del monasterio de San Pablo, monasterio sobre el cual hicimos alguna indicación en una nota al n.30. Véase JOSÉ M.<sup>o</sup> MARCH, *¿Quién y de dónde era el monje manresano amigo de San Ignacio?*: Estudios Eclesiásticos, 4 (1925) 185-193.

<sup>5</sup> Santa María del Mar, el gran templo gótico de Barcelona, situado en las cercanías del puerto, cuya construcción fue terminada el año 1383.

de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo<sup>6</sup>. Llegado a Alcalá empezó a mendicar y vivir de limosnas. Y después, de allí a diez o doce días que vivía desta manera, un día un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a reír dél, y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendican. Y pasando a este tiempo el que tenía cargo del hospital nuevo de Antezana<sup>7</sup>, mostrando pesar de aquello, le llamó, y le llevó para el hospital, en el cual le dio una cámara y todo el necesario.

57. Estudió en Alcalá cuasi año y medio<sup>8</sup>; y porque el año del 24 en la cuaresma llegó a Barcelona, en la cual estudió dos años, el año de 26 llegó Alcalá, y estudió términos de Soto<sup>9</sup>, y física de Alberto<sup>10</sup>, y el Maestro de las Sentencias<sup>11</sup>. Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales y en declarar la doctrina cristiana; y con esto se hacía fruto, a gloria de Dios. Y muchas personas hubo que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tu-

<sup>6</sup> Ya en Barcelona se juntaron a San Ignacio Calixto de Sa, Lope de Cáceres y Juan de Arteaga. Véase POLANCO, *Sumario de las cosas más notables*, en *Fontes narr.* I 170 notas 8.9.10. Sobre Calixto de Sa añádase lo que decimos en la nota 15.<sup>a</sup> al capítulo 8 de la *Autobiografía*. De allí se deduce que nació en 1506 o 1507.

<sup>7</sup> Llamábase este nuevo hospital de *Nuestra Señora de la Misericordia*, o también por el nombre de su fundador, de *Antezana*. No consta con certeza quién era, en tiempo de San Ignacio, el director de este hospital. Los antiguos biógrafos no mencionan su nombre. El P. Cristóbal de Castro, en la historia manuscrita del Colegio de la Compañía de Jesús en Alcalá, dice que era Lope de Deza. En cambio, el P. Fita dice haber visto un manuscrito del hospital titulado *Cuenta de los priostes del cabildo de este hospital de Nuestra Señora de la Misericordia desde el 23 de enero de 1516 hasta febrero de 1533...* y que en él consta como «prioste» en 1526 un tal Juan Vázquez. Puede verse la cita del P. Fita en *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Madrid), 33 (1898), p.529.

<sup>8</sup> No consta con toda seguridad cuánto tiempo duró la estancia de San Ignacio en Alcalá. Si estuvo dos años en Barcelona (cf. n.56), parece debió de llegar a Alcalá hacia fines de marzo de 1526. Por otra parte, como la sentencia del último proceso que allí se hizo sobre su conducta le fue comunicada el día 1.<sup>o</sup> de junio de 1527, y a los veinte días de su salida de la cárcel partió de Alcalá (POLANCO, *Sumario* n.40, *Fontes narr.* I 175), resulta que su estancia en esta ciudad se prolongaría desde fines de marzo de 1526 hasta alrededor del 20 de junio de 1527; de modo que no llegaría al año y medio. Por otra parte, la esposa del hospitalero del hospital de Antezana, interrogada en proceso el 19 de noviembre de 1526, «dijo que el Iñigo y Calixto podrá haber cuatro meses que están aquí» (MI, *Scripta* I p.604); según lo cual habría que colocar la llegada de Ignacio en el mes de julio, y entonces su estancia en Alcalá no pasaría mucho de los once meses. La declaración de la testigo del proceso de Alcalá podría confirmarse con el hecho de que en Barcelona los cursos del *Estudio General*, donde creemos que San Ignacio estudió, terminaban en julio (cf. C. DALMASES, *Archivum Historicum S.I.*, 10 [1941] 289), y parece raro que San Ignacio interrumpiese el curso, saliendo de Barcelona en marzo.

<sup>9</sup> *Términos*, es decir, *Súmulas* o *Lógica*. Las *Summulae* de Domingo Soto fueron impresas por primera vez en Burgos el año 1529, lo cual no impide que tres años antes corrieran entre sus alumnos algunos apuntes manuscritos.

<sup>10</sup> San Alberto Magno escribió, entre otras obras, *Physicorum libri VIII*.

<sup>11</sup> Pedro Lombardo, llamado también el Maestro de las Sentencias, escribió su obra *Sententiarum libri quatuor*, exposición sistemática de toda la teología escolástica.

Acordarme he del temor que él mismo pasó una noche <sup>12</sup>.

viesen la mano, y otras cosas símiles que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adondequiera que él declaraba la doctrina.

Luego como allegó a Alcalá, tomó conocimiento con D. Diego de Guía <sup>13</sup>, el cual estaba en casa de su hermano <sup>14</sup>, que hacía empremta en Alcalá, y tenía bien el necesario. Y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del pelegrino en su casa <sup>15</sup>. Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo D. Diego que no tenía dineros; mas abrióle una arca en que tenía diversas cosas, y así le dio paramentos de lechos de diversos colores y ciertos candeleros y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el pelegrino se puso sobre las espaldas y fue a remediar los pobres.

58. Como arriba está dicho, había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién decía de una manera y quién de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos Alcalá, fue avisado el pelegrino por el huésped dellos, diciéndole que les llamaban los ensayalados, y creo que alumbrados, y que habían de hacer carnicería en ellos <sup>16</sup>. Y así empezaron luego hacer pesquisa y proceso de su vida, y al

<sup>12</sup> A esto parece aludir el P. Polanco en su vida de San Ignacio cuando escribió de su mano lo siguiente: «In parte tamen eius domus, quae a lemuribus infestabatur, cum habitacionem haberet, et nocturno quodam terrore concuteretur, quem vanum esse nec ei cedendum existimabat, Deo se commendans, animo et voce daemones provocare coepit, ut si potestatem a Deo contra ipsum aliquam accepissent, eam exerent; se quidem libenter quicquid placeret passurum esse; amplius quam Deus concederet ipsos nihil posse. Et ea firmitas animi, et constans fides ac confidentia in Deo, non solum ab omni daemone terrore tunc eum liberavit, sed in posterum ab huiusmodi nocturnis terroribus immunem, Deo adiuvante, reddidit» (*Fontes narr.* II p.545).

<sup>13</sup> Don Diego de Eguía, sacerdote natural de Estella, en Navarra. En 1540 entró en la Compañía y fue durante algún tiempo el confesor de San Ignacio. Murió en Roma el 16 de junio de 1556. Sobre él véase *Fontes narr.* I 110<sup>3</sup>. Como él, entró en la Compañía un hermano suyo llamado Esteban.

<sup>14</sup> El conocido impresor Miguel de Eguía, el cual, entre otras obras, imprimió en 1525, y de nuevo en 1526, el *Enchiridion militis christiani*, de Erasmo. Sobre él puede verse JUAN CATALINA GARCÍA, *Ensayo de una tipografía complutense* (Madrid 1889) p.613; DÁMASO ALONSO, *Erasmo. El Enquiridion o manual del caballero cristiano* (Madrid 1932) p.17-18; JOSÉ GOÑI, *El impresor Miguel de Eguía, en Hispania Sacra*, 1 (1948) 35-88. El hecho de que en 1526 imprimiese dos veces el *Contemptus mundi* o *Imitación de Cristo* induce a pensar que obró movido por San Ignacio (GOÑI, p.55).

<sup>15</sup> Los tres compañeros que se juntaron a San Ignacio en Barcelona eran, como ya dijimos anteriormente (n.56 nota 6), Arteaga, Calixto de Sa y Lope Cáceres. A ellos se añadió en Alcalá Juan Reynalde, jovencito francés.

<sup>16</sup> Recuérdese que San Ignacio llegó a Alcalá en febrero de 1526 y que en septiembre del año anterior la Inquisición de Toledo había alcanzado un edicto en el que se condenaban 48 proposiciones de los alumbrados. Una copia del original se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (*Inquisición* I.1.299 ff.551r-556v). El P. Beltrán de Heredia lo publicó, según otro ejemplar, en *Revista española de teología*, 10 (1950) 105-130. Véase un análisis de este edicto hecho por Angela Selke de Sánchez en *Bulletin Hispanique*, 54 (1952) 125-152. De todos modos, Ignacio pudo escribir con toda verdad al rey de Portugal Juan III, en 1545, que «nunca fui reprobado de una sola proposición, ni de sílaba alguna» (FN I 53). Sobre la inocencia de San Ignacio véase JOHN E. LONGHURST, *Sant Ignatius at Alcalá*: AHSI 26 (1957) 252-257.

fin se volvieron a Toledo sin llamarles, habiendo venido por aquel solo efecto; y dejaron el proceso al vicario Figueroa, que agora está con el emperador<sup>17</sup>. El cual de ahí algunos días les llamó y les dijo cómo se había hecho pesquisa y proceso de su vida por los inquisidores, y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, y que por tanto podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento. Mas, no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el pelegrino y Artiaga, tiñesen sus ropas de negro, y los otros dos, Calisto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podría quedar así<sup>18</sup>.

59. El pelegrino dice que harán lo que les es mandado. —Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones: que a uno tal no le quiso dar un sacerdote el otro día el sacramento porque se comulga cada ocho días, y a mí me hacían dificultad<sup>19</sup>. Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna heresía—. —No, dice Figueroa, que si la hallaran, os quemaran—. —También os quemaran a vos, dice el pelegrino, si os hallaran heresía—. Tiñen sus vestes, como les es mandado, y de ahí a quince o veinte días le manda el Figueroa al peregrino que no ande descalzo, mas que se calce; y él hace así quietamente, como en todas las cosas de esa cualidad que le mandaban.

De ahí a cuatro meses, el mismo Figueroa tornó a hacer pesquisas sobre ellos y, ultra de las sóliticas causas, creo que fuese también alguna ocasión, que una mujer casada y de cualidad tenía especial devoción al peregrino; y, por no ser vista, venía cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos luces, a la mañana, al hospital; y entrando se

[A.] de lo que me contó Bustamante<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> Por eso pudo decir con toda verdad el P. Nadal en su apología de los *Ejercicios* contra Fr. Tomás de Pedroche: «Aperte de persecutionibus dicendum, quod nunquam ab inquisitoribus notatus ac ne vocatus quidem, sed ab provisoribus episcoporum». Véase *Fontes narr.* I 317. En realidad, los inquisidores toledanos Miguel Carrasco y Alonso Mejía fueron a Alcalá para examinar el caso de San Ignacio y de sus compañeros, pero, sin haberlo llamado, encomendaron todo el asunto al vicario general en Alcalá del arzobispo de Toledo, Juan Rodríguez de Figueroa. Cómo se portó éste en el caso de San Ignacio, lo explica el mismo Santo en lo que sigue. Más adelante, en 1538, hallándose en Roma, tuvo ocasión de salir en defensa de Ignacio. Entre 1563 y 1566 fue presidente del Consejo del Reino. Murió en Madrid el 23 de marzo de 1565 (A. BALLESTEROS, *Historia de España* t.4 2.ª parte p.15).

<sup>18</sup> Juan Reynalde, a quien por ser todavía muchacho solían llamar Juanico.  
<sup>19</sup> Parece referirse al Dr. Alfonso Sánchez, de quien refiere el P. Cristóbal de Castro en la historia manuscrita del Colegio de Alcalá (l.1 f.3v) que, mientras se preparaba un día para celebrar, se le acercó San Ignacio para pedirle que consagrara algunas formas. Al principio el doctor Sánchez se resistió, pero después accedió a su petición, y no sólo esto, sino que invitó a los compañeros a comer en su casa y en adelante los trató con benevolencia. Cf. *Fontes narr.* I 173 nota 19.

<sup>20</sup> Parece que debe leerse: «Acordarme he de lo que me dijo el P. Bustamante». No sabemos a qué puede referirse. El P. Bartolomé de Bustamante fue secretario de San Francisco de Borja cuando éste ejerció el cargo de comisario en España. Sobre él puede verse el estudio *Bartolomé de Bustamante, selección y estudio de* MANUEL PEREDA DE LA REGUERA (Santander 1950) y la semblanza biográfica por A. R. GUTIÉRREZ DE CEBALLOS en *Archivum hist. S. I.* 32 (1963).

descubría, y iba a la cámara del peregrino. Mas, ni desta vez les hicieron nada; ni aun después de hecho el proceso les llamaron, ni dijeron cosa alguna <sup>21</sup>.

60. De ahí a otros cuatro meses que él estaba ya en una caxilla, fuera del hospital, viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice: —Veníos un poco conmigo—. Y dejándole en la cárcel, les dice: —No salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa— <sup>22</sup>. Esto era en tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitalle; y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. No quiso nunca tomar advogado ni procurador, aunque muchos se ofrescían. Acuérdate especialmente de D.<sup>a</sup> Teresa de Cárdenas <sup>24</sup>, la cual le envió a visitar y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí; mas no aceptó nada, diciendo siempre: —Aquel por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido dello—.

61. Diecisiete días estuvo en la prisión sin que le examinasen ni él supiese la causa dello <sup>25</sup>; al fin de los cuales vino Figueroa a la cárcel y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado. Y si conocía dos ciertas mujeres, que eran madre y hija; y desto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido <sup>26</sup>. Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: —Esta era la causa porque sois aquí venido—. Entre las muchas personas que seguían al peregrino había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en

<sup>21</sup> El segundo proceso fue hecho el 6 de marzo de 1527 (véase MI, *Scripta* I p.608), cerca de cuatro meses después de la sentencia dada el 21 de noviembre de 1526. Figueroa tomó declaración a Mencía de Benavente, mujer que fue de Juan de Benavente; a su hija Ana y a Leonor, hija de Ana de Mena, mujer de Andrés López. Véase el acta de este proceso en MI, *Scripta* I 608-610.

<sup>22</sup> Poco más abajo, n.62, dice que permaneció en la cárcel cuarenta y dos días; y como fue liberado de ella el 1 de junio, síguese que el encarcelamiento debió de tener lugar el 18 ó 19 de abril (jueves o viernes santo de aquel año). Esto parece claro. No lo es tanto el punto de partida a que aluden las palabras con que comienza este párrafo: «De ahí a otros cuatro meses». Según *Fontes narr.* I p.446 nota 23, se señalan aquí cuatro meses transcurridos desde que, hacia el 10 de diciembre, Figueroa impuso a San Ignacio la obligación de no ir descalzo (v. n.59).

<sup>23</sup> La nota marginal parece significar: «Miona era uno, y era confesor». De Manuel Miona, portugués, sabemos, en efecto, que fue confesor de San Ignacio en Alcalá, como también más tarde en París. En 1545 dio su nombre a la Compañía, en la cual murió en 1567. Véase el *Memorial* del P. G. da Cámara, n.98, en *Fontes narr.* I p.585. A él dirigió San Ignacio su célebre carta sobre la utilidad de los *Ejercicios*, 16 de noviembre de 1536 (MI, *Epp.* I 111-113).

<sup>24</sup> Doña Teresa Enríquez († 1529), esposa de Gutierre de Cárdenas, llamada «la loca del Sacramento».

<sup>25</sup> En las actas del proceso se dice que Figueroa fue a la cárcel para examinar a San Ignacio el 18 de mayo de 1527 (MI, *Scripta* I 618-619), pero entonces ya habían pasado treinta días desde el encarcelamiento. Suponemos que otro interrogatorio precedió al mencionado en el proceso.

<sup>26</sup> Se refiere a María del Vado y a su hija Luisa Velázquez, las cuales, contra el parecer de San Ignacio, hicieron una peregrinación a la Verónica de Jaén, como se cuenta más abajo. Pueden verse sus declaraciones en MI, *Scripta* I 620-621.

espíritu, máxime la hija; y en tanto que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendicando, y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá. Y el doctor Ciruelo<sup>27</sup>, que tenía alguna protección dellas, pensó que el preso las había inducido, y por eso le hizo prender. Pues, como el preso vio lo que había dicho el vicario, le dijo: —¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia?— Dice. —Sí. —Pues habéis de saber, dice el preso, que estas dos mujeres muchas veces me han instado para que querían ir por todo el mundo servir a los pobres por unos hospitales y por otros; y yo las he siempre desviado deste propósito, por ser la hija tan moza y tan vistosa, etc; y les he dicho que, cuando quisiesen visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, y ir acompañar el Santísimo Sacramento—. Y acabadas estas pláticas, el Figueroa se fue con su notario, llevando escrito todo.

62. En aquel tiempo estaba Calixto en Segovia<sup>28</sup>, y sabiendo de su prisión, se vino luego, aunque recién convalidado de una grande enfermedad, y se metió con él en la cárcel. Mas él le dijo que sería mejor irse presentar al vicario; el cual le hizo buen tratamiento, y le dijo que le mandaría ir a la cárcel, porque era menester que estuviese en ella hasta que viniesen aquellas mujeres, para ver si confirmaban con su dicho. Estuvo Calixto en la cárcel algunos días; mas, viendo el peregrino que le hacía mal a la salud corporal, por estar aún no del todo sano, le hizo sacar por medio de un doctor, amigo mucho suyo.

Desde el día que entró en la cárcel el peregrino hasta que le sacaron, se pasaron cuarenta y dos días; al fin de los cuales, siendo ya venidas las dos devotas, fue el notario a la cárcel a leerle la sentencia: que fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fee dentro de cuatro años que hoviesen más estudiado, pues que no sabían letras<sup>29</sup>. Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más, y ellas eran con poco fundamento; y ésta era la primera cosa que él solía decir cuando le examinaban.

63. Con esta sentencia estuvo un poco dudoso lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas, no le dando causa ninguna, sino porque no había estudiado. Y en fin él se determinó de ir al arzobispo de Toledo, Fonseca<sup>30</sup>, y poner la cosa en sus manos.

<sup>27</sup> Era el doctor Pedro Ciruelo, natural de Daroca, célebre profesor de la Universidad.

<sup>28</sup> Según el P. Polanco en el *Sumario*, n.38 (*Fontes narr.* I p.174), y en la *Vida latina* (*Fontes narr.* II p.547), San Ignacio se hallaba en Segovia cuando aquellas buenas mujeres hicieron su peregrinación.

<sup>29</sup> La sentencia fue dictada el 1 de junio de 1527 (MI, *Scripta* I 618).

<sup>30</sup> Alonso de Fonseca y Acebedo fue arzobispo de Toledo desde 1523 hasta su muerte en 1534. Son conocidas sus amistosas relaciones con Erasmo y el apoyo que prestó a los erasmistas españoles.

Partióse de Alcalá <sup>31</sup>, y halló el arzobispo en Valladolid; y contándole la cosa que pasaba fielmente, le dijo que, aunque no estaba ya en su jurisdicción ni era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase (hablándole de vos, como solía a todos). El arzobispo le recibió muy bien, y [entendiendo que deseaba pasar a Salamanca, dijo] <sup>32</sup> que también en Salamanca tenía amigos y un colegio <sup>33</sup>, todo le ofreciendo; y le mandó luego en se saliendo cuatro escudos.

## CAPITULO VII

64-66. *Llega a Salamanca y poco después es interrogado por los PP. Dominicos.—67-70. Le encarcelan hasta que, reconocida su inocencia, le dejan en libertad, pero poniendo algunas condiciones a su trabajo en bien de las almas.—71-72. Decide ir a Paris.*

64. Llegado a Salamanca, estando haciendo oración en una iglesia, le conoció una devota que era de la Compañía, porque los cuatro compañeros ya había días que allí estaban, y le preguntó por su nombre, y así lo llevó a la posada de los compañeros. Cuando en Alcalá dieron sentencia que se vistiesen como estudiantes, dijo el peregrino: —Cuando nos mandastes teñir las vestes, lo hemos hecho; mas agora esto no lo podemos hacer, porque no tenemos con qué comprarlas—. Y así el mismo vicario les ha proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y desta manera vestidos habían partido de Alcalá.

Confesábase en Salamanca con un fraile de Santo Domingo en sant Esteban; y habiendo diez o doce días que era allegado, le dijo un día el confesor: —Los Padres de la casa os querían hablar—; y él dijo: —En nombre de Dios—. —Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas—. Y así el domingo vino con Calixto; y después de comer, el soprior, en ausencia del prior <sup>1</sup>, con el confesor y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos en una capilla, y el soprior con buena afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica;

<sup>31</sup> Como después de la sentencia «no estuvo en Alcalá más de veinte días» (Polanco en el *Sumario*, n.40, *Fontes narr.* I p.175), podemos deducir que partió el 20 ó 21 de junio de 1527.

<sup>32</sup> Lo que va entre [ ] lo añadimos nosotros por parecer necesario y hallarse en la versión latina.

<sup>33</sup> Fonseca había fundado en Salamanca el Colegio Mayor de Santiago o del Arzobispo, para estudiantes pobres.

<sup>1</sup> En 1527 era prior del convento de San Esteban Fr. Diego de San Pedro, y soprior, Fr. Nicolás de Santo Tomás.

y que holgarían de saber destas cosas más particularmente. Y así comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado. Y el peregrino respondió: —Entre todos nosotros, el que más ha estudiado soy yo—; y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento.

65. —Pues, luego, ¿qué es lo que predicáis? —Nosotros, dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman. —Mas, dice el fraile, ¿de qué cosas de Dios habláis?, que eso es lo que queríamos saber. —Hablamos, dice el peregrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo. —Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por Espíritu Santo. No por letras; luego por Espíritu Santo—. Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias. Instando el fraile: —Pues agora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís?—<sup>2</sup>

Y esto que es del Espíritu Santo, es lo que queríamos saber.

66. El peregrino dijo: —Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores que me pueden obligar a ello—. Antes desto había demandado por qué venía Calixto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines cuasi hasta media pierna; y por ser muy grande, parecía más deforme. El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá y les habían mandado vestir de estudiantes, y aquel su compañero, por las grandes calores, había dado su loba<sup>3</sup> a un pobre clérigo. Aquí el fraile como entre dientes, dando señas que no le placía: —La caridad empieza por sí mismo—<sup>4</sup>.

Pues, tornando a la historia, no pudiendo el soprior sacar otra palabra del peregrino sino aquélla, dice: —Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis todo—. Y así se van todos los frailes con alguna priesa. Preguntando primero el peregrino

<sup>2</sup> Precisamente por aquellos días—sucedió esto en la segunda mitad de julio—, es decir, desde el 27 de junio hasta el 13 de agosto de 1527, se estaba celebrando la conocida conferencia teológica de Valladolid, convocada por el inquisidor general don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, para discutir sobre 21 proposiciones sacadas de las obras de Erasmo. En estas juntas, dominicos y franciscanos fueron los más acérrimos adversarios de Erasmo.

<sup>3</sup> «Manta o sotana de paño negro que usaban los colegiales y otras personas autorizadas para ello» (*Diccionario de la lengua española*).

<sup>4</sup> El texto lee en latín: «Charitas incipit a seipsa» [*sic*].

si querrían que quedasen en aquella capilla, o adónde querrían que quedase[n], respondió el soprior que quedasen en la capilla. Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas y negociaron, según parece, con los jueces. Todavía los dos estuvieron en el monasterio tres días sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refitorio con los frailes. Y cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes que venían a velles, y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados.

67. Al cabo de los tres días vino un notario y llevóles a la cárcel. Y no los pusieron con los malhechores en bajo, mas en un aposento alto, adonde, por ser cosa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. Y pusieronlos entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio de la casa, y sería larga de 10 ó 13 palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase. Y toda aquella noche estuvieron en vigilia. Al otro día, como se supo en la cibdad de su prisión, les mandaron a la cárcel en qué durmiesen, y todo el necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitalles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios, etc.

El bachiller Frías<sup>5</sup> les vino a examinar a cada uno por sí, y el peregrino le dio todos sus papeles, que eran los Ejercicios, para que los examinasen. Y preguntándolos si tenían compañeros, dijeron que sí y adónde estaban, y luego fueron allí por mandado del bachiller, y trajeron a la cárcel Cáceres y Artiaga y dejaron a Juanico, el cual después se hizo fraile<sup>6</sup>. Mas no los pusieron arriba con los dos, sino abajo adonde estaban los presos comunes. Aquí también menos quiso tomar advogado ni procurador.

68. Y algunos días después fue llamado delante de cuatro jueces, los tres doctores, Sanctisidoro, Paravinhas y Frías<sup>7</sup>, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los Ejercicios. Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios, mas de teología, verbi gratia, de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos. Y él hizo su prefación primero.

<sup>5</sup> Martín Frías, vicario de don Francisco de Bobadilla, obispo de Salamanca y visitador de la diócesis.

<sup>6</sup> El P. Nadal, en su *Apología de la Compañía*, dice que se hizo franciscano (*Fontes narr.* II p.75).

<sup>7</sup> El primero parece que era Fernando Rodríguez de San Isidoro; el doctor Frías era probablemente Francisco de Frías; el tercero no consta quién fue. Puede ser que su nombre esté mal escrito por los copistas. El examen directo del manuscrito, *Libro de claustros y cátedras*, no nos dio resultado alguno positivo. Sobre nuestra conjetura de que se trate de Alonso de la Parra véase *Fontes narr.* I 458 nota 7.

Y todavía, mandado por los jueces, dijo de tal manera, que no tuvieron qué reprehendelle. El bachiller Frías, que en estas cosas se había mostrado siempre más que los otros, le preguntó también un caso de cánones; y a todo fue obligado a responder, diciendo siempre primero que él no sabía lo que decían los doctores sobre aquellas cosas. Después le mandaron que declarase el primero mandamiento de la manera que solía declarar. El se puso a hacerlo, y detúvose tanto y dijo tantas cosas sobre el primero mandamiento, que no tuvieron gana de demandalle más. Antes desto, cuando hablaban de los Ejercicios, insistieron mucho en un solo punto, que estaba en ellos al principio: de cuándo un pensamiento es pecado venial, y de cuándo es mortal <sup>8</sup>. Y la cosa era, porque, sin [ser] él letrado, determinaba aquello. El respondía: —Si esto es verdad o no, allá lo determinad; y si no es verdad, condenaldo—; y al fin ellos, sin condenar nada, se partieron.

69. Entre muchos que venían hablalle a la cárcel vino una vez D. Francisco de Mendoza, que agora se dice cardenal de Burgos <sup>9</sup>, y vino con el bachiller Frías. Preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión y si le pesaba de estar preso, le respondió: —Yo responderé lo que respondí hoy a una señora que decía palábras de compasión por verme preso—. Yo le dije: —En esto mostráis que no deseáis de estar presa por amor de Dios. ¿Pues tanto mal os parece que es la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios.

Acaesció en este tiempo que los presos de la cárcel huyeron todos, y los dos compañeros, que estaban con ellos, no huyeron. Y cuando en la mañana fueron hallados con las puertas abiertas, y ellos solos sin ninguno, dio esto mucha edificación a todos, y hizo mucho rumor por la cibdad; y así luego les dieron todo un palacio, que estaba allí junto, por prisión.

70. Y a los veintidós días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia <sup>10</sup>, la cual era que no se hallaba ningún error, ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto venial, si no fuese pasados cuatro años que hubiesen más estudiado.

<sup>8</sup> De eso trata en los *Ejercicios*, al declarar el examen de conciencia (*Ejercicios* nn.260-261).

<sup>9</sup> Francisco de Mendoza y Bobadilla (1508-1566) regentó la diócesis de Burgos desde 1550 a 1566. Había recibido el capelo cardenalicio siendo obispo de Coira, en 1545.

<sup>10</sup> Habiéndola buscado con sumo interés, no hemos podido dar con el texto de la sentencia.

Leída esta sentencia, los jueces mostraron mucho amor, como que querían que fuese aceptada. El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues, sin condenalle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase los próximos en lo que pudiese. Y por mucho que instó el doctor Frías, que se demostraba muy afectado, el peregrino no dijo más, sino que en cuanto estuviese en la jurisdicción de Salamanca haría lo que se le mandaba. Luego fueron sacados de la cárcel, y él empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer. Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y de venial.

71. Y así se determinó de ir a París a estudiar.

Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría y cuánto, toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión o si andaría así por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía deseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión, para poder más padecer en ella <sup>11</sup>, y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen.

Pues, como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajuntar algunos del mismo propósito y conservar los que tenía; determinado de ir para París, concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar.

72. Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes quince o veinte días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo <sup>12</sup>; y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor.

<sup>11</sup> Es curioso y poco conocido, respecto a las dudas que tuvo San Ignacio sobre abrazar el estado religioso, el dicho del P. Laínez en sus pláticas sobre el libro del *Examen* de la Compañía: «Ma, vedendo poi che egli era chiamato all'aiuto degli altri, diceva che più presto havrebbe poi voluto essere conventuale che osservante, per potere più aiutare gli altri» (*Fontes narr.* II 137-138).

<sup>12</sup> La permanencia de San Ignacio en Salamanca duró unos dos meses, desde mediados de julio a mediados de septiembre de 1527. Cf. *Fontes narr.* I p.31\* y 462 nota 13.

## CAPITULO VIII

73-75. *En París repite el estudio de las Humanidades.*—76. *Se dirige a Flandes y a Inglaterra para buscar limosnas.*—77-78. *De la suerte de algunos discípulos espirituales de Ignacio.*—79. *Se dirige a Ruán para ayudar a un español.*—80. *Fin que tuvieron algunos primeros compañeros de Ignacio.*—81. *Es denunciado a la Inquisición.*—82-84. *Se dedica a los estudios superiores. Adquiere compañeros. Padece en su salud. Le recomiendan que vaya a su tierra para reponerse.*—85. *El voto de Montmartre.*—86. *Poco antes de partir se presenta espontáneamente al inquisidor, y a petición de éste, le entrega una copia del libro de los Ejercicios.*

73. Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de febrero, poco más o menos; y según me cuenta<sup>1</sup>, esto fué el año de 1528 o de 27<sup>2</sup>. Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar humanidad a Monteagudo<sup>4</sup>. Y la causa fue porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos; y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París.

Quando estaba preso en Alcalá, nació el príncipe de España<sup>3</sup>; y por aquí se puede hacer la cuenta de todo, aun de lo pasado.

Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a París, veinticinco escudos, y éstos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó, y no tenía con qué pagalle. Así que, pasada la cuaresma<sup>5</sup>, ya el peregrino no tenía nada dellos, así por haber él gastado como por la causa arriba dicha; y fue costreñido a mendicar, y aun a dejar la casa en que estaba.

74. Y fue recogido en el hospital de sant Jaques, ultra los Inocentes<sup>6</sup>. Tenía grande incomodidad para el estudio, porque el

<sup>1</sup> El P. March en su edición de la *Autobiografía* lee «según mi cuenta»; pero los manuscritos dan la lección «me cuenta», la cual es confirmada también por la traducción latina de Du Coudret, que dice: «ut ipse computat» (v. *Fontes narr.* I 465). No vemos razón suficiente para apartarnos del texto, y más en un punto que hace variar el sentido de la frase. No negamos, con todo, que pudo haber error en el P. Cámara o en los copistas. Véase la nota siguiente.

<sup>2</sup> En carta a Inés Pascual dice San Ignacio que llegó a París el 2 de febrero de 1528 (MI, *Epp.* I 74).

<sup>3</sup> Felipe II nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527.

<sup>4</sup> El Colegio de Monteagudo (Montaigu), fundado a mediados del siglo XIV por el arzobispo de Ruán, Gilles Aycelin de Montaigu, adquirió nuevo impulso a fines del siglo XV por obra de Juan Standonck. En tiempo de San Ignacio se regía según el plan de estudios que puede verse en DUDON, *Saint Ignace*, p.633-634. En este colegio repitió San Ignacio el estudio de las Humanidades durante los años 1528-1529.

<sup>5</sup> La Pascua cayó aquel año en el día 12 de abril.

<sup>6</sup> Es decir, más allá de la iglesia y cementerio llamados de los Inocentes. El hospital de Saint Jacques había sido fundado por la cofradía de los peregrinos

hospital estaba del colesio de Monteagudo un buen trecho, y era menester, para hallar la puerta abierta, venir al toque del Ave-maría, y salir de día; y así no podía tan bien atender a sus lecciones. Era también otro impedimento el pedir limosna para se mantener. Ya había cuasi cinco años que no le tomaba dolor de estómago, y así él empezó a darse a mayores penitencias y abstinencias. Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendicar, y viendo que aprovechaba poco en las letras, empezó a pensar qué haría; y viendo que había algunos que servían en los colegios a algunos regentes, y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo.

75. Y hacía esta consideración consigo y propósito, en el cual hallaba consolación, imaginando que el maestro sería Cristo, y a uno de los escolares ponía nombre San Pedro, y a otro San Juan, y así a cada uno de los apóstoles; y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda San Pedro. Puso hartas diligencias por hallar amo: habló por una parte al bachiller Castro <sup>7</sup>, y a un fraile de los Cartujos que conocía muchos maestros, y a otros, y nunca fue posible que le hallasen un amo.

76. Y al fin, no hallando remedio, un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le pareció bueno. Y usando deste consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y trujo más limosna de la que solía los otros años <sup>8</sup>.

77. Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro, que estaba en Sorbona, y a un viscaíno que esta-

de Santiago de Compostela. Se encontraba en la actual calle de Saint Denis. Para ir a Montaigu necesitaba Ignacio atravesar el Sena y recorrer un largo camino. Por la razón que alega San Ignacio, se veía obligado a perder algunas clases. El horario de las lecciones puede verse en DUDON, *Saint Ignace* p.633.

<sup>7</sup> Juan Castro (1485-1556), burgalés, movióse a mejorar su vida por intervención de San Ignacio. Años más tarde volvió a España, donde entró en la cartuja de Vall de Cristo, situada cerca de Segorbe, en el término de Altura. San Ignacio fue a visitarle en 1535, como se dice más abajo, n.90. En 1542 fue nombrado prior de la cartuja de Porta Coeli, en Valencia, donde murió en 1556.

<sup>8</sup> Las idas a Flandes tuvieron lugar los años 1529, 1530, 1531. En este último año fue también a Londres. Sobre estos viajes nos ha dejado más noticias el P. Polanco en la *Vida* latina (*Fontes narr.* II p.556-558). El primer año fue a Flandes durante la cuaresma (ib., p.557), y entonces tuvo lugar el encuentro con Luis Vives en Bruges; los otros dos años durante los meses de agosto-septiembre. Puede verse I. RODRÍGUEZ-GRAHIT, *Ignace de Loyola et le Collège de Montaigu; l'influence de Standonck sur Ignace*: Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance, 20 (1958) 388-401. Sobre los estudios de San Ignacio en París merece leerse cuanto dice el P. SCHURHAMMER, en Franz Xaver, zweites Buch: *Auf der Hohen Schule von Paris*, donde, con ocasión de los estudios de San Francisco Javier en la Universidad de París, trata de todas las cuestiones que interesan también para la vida de San Ignacio y sus primeros compañeros.

ba en Santa Bárbara, por nombre Amador<sup>9</sup>. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de San Jaques, adonde de antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas. Y luego los españoles comenzaron a dar batalla a los dos maestros; y no los pudiendo vencer con muchas razones y persuasiones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital.

78. Y trayéndolos a la universidad, se vinieron a concertar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos. El bachiller Castro después vino a España, y predicó en Burgos algún tiempo, y se puso fraile cartujo en Valencia. Peralta se partió para Jerusalén a pie y peregrinando. Desta manera fue tomado en Italia por un capitán, su pariente, el cual tuvo medios con que le llevó al Papa, y hizo que le mandase que se tornase para España. Estas cosas no pasaron luego, sino algunos años después.

Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Gouvea<sup>10</sup>, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colesio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a Santa Bárbara, le haría dar un sala por seductor de los escolares<sup>11</sup>.

79. El español en cuya compañía había estado al principio

<sup>9</sup> Debió de ser entre mayo y junio de 1529. Polanco en el *Sumario castellano* (*Fontes narr.* I 179) dice que la tempestad contra Ignacio se levantó «quince meses después de llegado a París». Creemos que tuvo su momento culminante en julio y agosto. Del bachiller Castro dijimos algo en la nota 7. Pedro de Peralta era de la diócesis de Toledo, en la cual fue después canónigo y célebre predicador. Permaneció siempre muy adicto a la Compañía y a San Ignacio, de cuya santidad dio testimonio (véase MI, *Scripta* II p.166). Amador de Elduayen era de la diócesis de Pamplona. Estudiaba en el colegio de Santa Bárbara, cuyo rector era Diego de Gouveia, el cual llevó muy a mal el cambio que se había obrado en este súbdito suyo. Véase el n.78. Cf. *Fontes narr.* II 252.309.383.560.562.

<sup>10</sup> Diego de Gouveia (c.1471-1557), llamado «Doutor Velho» para distinguirlo de su sobrino homónimo, alquiló en 1520 el colegio de Santa Bárbara y lo gobernó hasta 1548. Sobre él puede consultarse MARIO BRANDAO, *A Inquisição e os professores do Colégio das Artes* (Coímbra 1948) c.1, *Diogo de Gouveia Sênior e os estudantes e professores portugueses nas escolas de Paris* p.1-253. Es conocida su intervención, años más adelante, en el asunto de la misión de los primeros jesuitas a la India, sobre la cual puede verse RIBADENEIRA, *De actis Patris nostri Ignatii* n.88, *Fontes narr.* II 379-382.

<sup>11</sup> Diego de Gouveia estuvo ausente de París, por asuntos encomendados por su rey, desde principios de 1526 hasta agosto de 1527; otra vez desde septiembre de 1528 hasta alrededor de junio de 1529; nuevamente desde noviembre de 1529 hasta septiembre de 1531. Debemos estos datos a la amabilidad del P. Jorge Schurhammer. La amenaza de la sala de que habla la *Autobiografía* ocurrió en el verano (agosto-septiembre) de 1529, cuando San Ignacio aún no había empezado a oír las artes. La *Autobiografía* no nos habla más que de la amenaza de Gouveia, pero por otras fuentes sabemos que éste, después de inaugurado el curso el 1 de octubre, estuvo a punto de ponerla por obra, y lo hubiese hecho de no haber mostrado San Ignacio la actitud de que nos hablan Láinez en las pláticas de 1559 (*Fontes narr.* II p.139), RIBADENEIRA, *De actis* n.90 (ib., p.382-384), *Vida Anónima* (ib., p.437438). Por los datos antes indicados, esto tuvo que ocurrir en octubre

y le había gastado los dineros, sin se los pagar se partió para España por vía de Ruán; y estando esperando pasaje en Ruán, cayó malo<sup>12</sup>. Y estando así enfermo, lo supo el peregrino por una carta suya, y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar; pensando también que en aquella conjunción le podría ganar para que, dejando el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios<sup>13</sup>.

de 1529. En noviembre Gouveia salía de París. El castigo de la sala (*salle*) consistía en azotar a los alumnos que habían transgredido gravemente los estatutos del colegio. El castigo se aplicaba en una sala (de donde le venía el nombre) en presencia de los profesores y alumnos.

<sup>12</sup> Véase más arriba, n.73. La ida de San Ignacio a Ruán ocurrió en agosto o septiembre de 1529.

<sup>13</sup> Hasta aquí llega el texto castellano. Lo que sigue hasta el fin se vio precisado el P. Cámara a dictarlo en italiano, por no disponer en Génova de ningún amanuense de lengua española. El mismo nos informa de esto en su prólogo; véase p.29.

ihns

IX.

excluyendo a mi mismo / doy mi voto  
en el Señor nro para ser perlado a aquel  
para mas vos es para serlo / he  
so in determinate boni consulendo /  
Si camo a la companja le parecera otra  
esa / ~~que~~ que es mejor / y mayor  
gloria de dno nro seño / yo soy  
aparejado para señalarlo echa  
en Roma . S. de abril, de 1541

Ignatius

Voto autógrafa de San Ignacio para la elección de general de la Compañía de Jesús, 5 de abril de 1541 (Roma, Archivo de la Compañía de Jesús).

*Texto original italiano*

Et per poter conseguir questo, gli veniva desiderio di andare quelle 28 legue, che sono da Parigi a Ruano, a piedi, scalzo, senza mangiare nè bere; et facendo sopra di questo oratione, si trovava molto pauroso. Alla fine andò a Santo Domenico, et là si risolse di andare al modo predetto, et havendo già passata quella paura grande che havea di tentar Dio.

L'altro giorno, la matina che si dovea partire, si levò di buon'hora; et cominciandosi a vestire, gli venne un tanto timore, che quasi gli pareva non poter vestirsi. Pur con quella repugnantia uscì di casa et anche della città prima che fosse ben giorno. Pure la paura gli durava sempre, et perseverò seco insino ad Argenteuil <sup>13a</sup>, che è un castello tre legue lontano da Parigi verso Ruano, dove si dice essere la veste di nostro Signore. Passando quel castello con quel travaglio spirituale, montando in un alto, gli incominciò a passare quella cosa, et gli venne una grande consolatione et sforzo spirituale con tanta allegrezza, che cominciò a gridare per quei campi et parlare con Dio, etc. Et albergò quella sera con un povero mendico a un hospitale, havendo caminato quel giorno 14 legue; l'altro giorno andò ad albergare ad un pagliaro; il terzo dì andò a Ruano: tutto questo tempo senza mangiar nè bere, et scalzo, come haveva ordinato. In Ruano consolò lo infermo et lo aiutò a metterlo in nave per andare in Spagna; et gli dette lettere, indirizzandolo alli compagni che erano in Salamanca, cioè Calisto et Caceres et Artiaga <sup>14</sup>.

80. Et per non parlare più di questi compagni, il loro successo fu questo.

Stando il pelegrino in Parigi, li scriveva spesso, secondo havevano fatto accordo, della poca commodità che haveva di farlo venire a studiare in Parigi. Pure s'è ingegnato di scrivere a donna Leonor de Mazcharegnas <sup>15</sup>, che agiutasse Calisto con lettere per la corte del re di Portugallo, acciò potesse havere una bursa di quelle che il re di Portugallo dava in Parigi. Donna Leonor dette le lettere a Calisto, et una mulla su la quale andasse, et quatrini per le spese. Calisto se n'andò in la corte del re di Portugallo; ma alla fine non venne a Parigi; anzi, tornando in Spagna, se

<sup>13a</sup> Los manuscritos *N* y *Posi* leen Argenteuer. En Argenteuil se conserva una vestidura que se dice ser la túnica inconsútil con que se vestía N. S. Jesucristo.

<sup>14</sup> Refieren también este caso RIBADENEIRA, *De actis* n.24, *Fontes narr.* II 334; *Id.*, *Vida* 1.5 c.2; POLANCO, *Vida latina, Fontes narr.* II 555-556.

<sup>15</sup> Doña Leonor Mascarenhas (1503-1584), noble portuguesa, había venido a

## Traducción castellana

Y para poder conseguirlo, le venia deseo de andar aquellas 28 leguas que hay de París a Ruán a pie, descalzo, sin comer ni beber; y haciendo oración sobre esto, se sentía muy temeroso. Al fin fue a Santo Domingo, y allí se resolvió a andar al modo dicho, habiendò ya pasado aquel grande temor que sentia de tentar a Dios.

Al día siguiente por la mañana, en que debía partir, se levantó de madrugada, y al comenzar a vestirse le vino un temor tan grande, que casi le parecía que no podía vestirse. A pesar de aquella repugnancia salió de casa, y aun de la ciudad, antes que entrase el día. Con todo, el temor le duraba siempre y le siguió hasta Argenteuil<sup>13</sup>, que es un pueblo distante tres leguas de París en dirección de Ruán, donde se dice que se conserva la vestidura de Nuestro Señor. Pasado aquel pueblo con este apuro espiritual, subiendo a un altozano, le comenzó a dejar aquella cosa y le vino una gran consolación y esfuerzo espiritual, con tanta alegría, que empezó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios, etc. Y se albergó aquella noche con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día 14 leguas. Al día siguiente fue a recogerse en un pajar, y al tercer día llegó a Ruán. En todo este tiempo permaneció sin comer ni beber, y descalzo, como había determinado. En Ruán consoló al enfermo y ayudó a ponerlo en una nave para ir a España; y le dio cartas, dirigiéndole a los compañeros que estaban en Salamanca, esto es, Calixto, Cáceres y Arteaga<sup>14</sup>.

80. Y para no hablar más de éstos, su fin fue el que sigue: Mientras el peregrino estaba en París, les escribía con frecuencia, según el acuerdo que habían tomado, mostrándoles las pocas facilidades que había para hacerles venir a estudiar en París. A pesar de esto, se ingenió para escribir a D.<sup>ca</sup> Leonor Mascarenhas<sup>15</sup> que ayudase a Calixto con cartas para la corte del rey de Portugal, a fin de que pudiese tener una beca de las que el rey de Portugal daba en París. Doña Leonor dio las cartas a Calixto y una mula para el viaje, y dinero para los gastos. Calixto se fue a la corte de Portugal, pero al fin no fue a París; antes, volviendo a España

España con la infanta Isabel cuando ésta se casó con el emperador Carlos V. Fue aya de Felipe II y del príncipe don Carlos. Siempre se mostró gran bienhechora de la Compañía. San Ignacio le dirigió varias cartas. Véase sobre ella JOSÉ M. MARCH, *El aya del rey don Felipe y del príncipe don Carlos, doña Leonor Mascareñas. Su vida y obras virtuosas. Relación de una religiosa su contemporánea*. Extracto del Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas t.46 (Madrid 1942).

n'andò all'India dello imperatore con una certa donna spirituale<sup>16</sup>. Et dipoi, tornato in Spagna, andò un'altra volta alla medesima India, et all'hora tornò in Spagna ricco, et fece in Salamanca maravigliar tutti quelli che lo conoscevano prima.

Caceres ritornò in Segovia, che era sua patria, et là incominciò a vivere di tal modo, che pareva haver smenticato del primo proposito<sup>17</sup>.

Artiaga fu fatto commendatore. Dipoi, essendo già la Compagnia in Roma, gli hanno dato un vescovado dell'India. Egli scrisse al pelegrino che lo desse ad uno della Compagnia; et rispondendogli la negativa, se n'andò in India dello imperatore, fatto vescovo, et là morì per un caso stranno, cioè: che stando ammalato, et essendo dui fiaschi d'acqua a rinfrescarsi, uno d'acqua, ch'el medico le ordinava, l'altro di acqua di solimano, venenosa, gli fu dato per error il secondo, che lo ammazò<sup>18</sup>.

81. Il pelegrino si tornò di Ruano a Parigi, et trovò che per le cose passate di Castro et di Peralta si era fatto gran rumor sopra di lui; et che lo inquisitore lo haveva fatto domandar. Ma lui non volse aspettare più, et se n'andò all'inquisitore, dicendoli che haveva inteso che lo ricercava; che egli era apparecchiato per tutto quello che esso volesse (si chiamava questo inquisitore magister noster Ori, frate di Santo Domenico)<sup>19</sup>; ma che lo pregava che lo spedisse presto, perchè haveva animo di entrar quel Santo Remigio nel corso delle Arti<sup>20</sup>; che vorebbe che queste cose fossero prima passate, per poter meglio attendere alli suoi studii. Ma lo inquisitore non lo chiamò più, senonchè gli disse che era vero che gli haveano parlato de fatti suoi, etc.

82. Di li a poco tempo venne Sto. Remigio, che è il principio di ottobre, et entrò a sentir il corso delle arti sotto un maestro, chiamato Mro. Gioan Pegna<sup>21</sup>, et entrò con proposito di con-sevar quelli, che havevano proposto di servire al Signore; ma non

<sup>16</sup> El nombre de esta «mujer espiritual» ha sido descubierto por M. Bataillon en su artículo *L'Iniguiste et la Beata. Premier voyage de Calixto à México*, en *Revista de Historia de América* n.31 (México, junio de 1951) p.59-75. Se tratava de Catalina Hernández, natural de Salamanca, «amiga y vezina de Francisca Hernández, questá presa en esos Reynos por los de la Inquisición, muger flaca y de muy buen espíritu y vida». Así se dice en una *Carta del Abdyencia de Mexico a Su Magstad sobre varios asuntos de gobierno*, de 14 de agosto de 1531, publicada en *Colección de documentos inéditos... de América y Oceanía* t.41 (Madrid 1884) p.114. En esta carta se refiere la ida a México de Catalina Hernández y otras beatas y Calixto de Sa con ellas. De Calixto se dice que al embarcarse (en 1531) tenía veinticuatro o veinticinco años de edad. Más adelante, infundiendo alguna sospecha su trato con Catalina Hernández, fue separado de ella y le fue impuesto que se internara en el país «a servir a Dios en la conversión de los naturales». El se resistió y prefirió volver a España. De este asunto se trata en la citada carta, p.114-119.

<sup>17</sup> Este solo testimonio de San Ignacio bastaría para probar que este Cáceres llamado Lope era diferente de Diego Cáceres, que se juntó con San Ignacio en París (*Fontes narr.* II 180<sup>2</sup>, 544, 566).

<sup>18</sup> La noticia de la ida a Indias de Calixto de Sa (en su segundo viaje) y Artega tiene una confirmación en la carta que el obispo de Popayán, Fr. Agustín

se fue a la India del emperador con una cierta mujer espiritual<sup>16</sup>. Y después, vuelto a España, marchó otra vez a la misma India, y entonces regresó a España rico, e hizo maravillar en Salamanca a todos los que antes le habían conocido.

Cáceres volvió a Segovia, que era su patria, y allí comenzó a vivir de tal modo, que parecía haberse olvidado del primer propósito<sup>17</sup>.

Arteaga fue hecho comendador. Después, estando ya la Compañía en Roma, le dieron un obispado de Indias. El escribió al peregrino que lo diese a uno de la Compañía, y habiéndosele respondido negativamente, se fue a la India del emperador, hecho obispo, y allí murió por un accidente extraño, esto es, que, estando él enfermo, y habiendo dos frascos de agua para refrescarse, uno del agua que el médico le prescribía, y el otro de agua de solimán venenosa, le dieron por error el segundo, que lo mató<sup>18</sup>.

81. El peregrino volvió de Ruán a París, y encontró que, por lo que había pasado con Castro y Peralta, se habían levantado grandes rumores acerca de él, y que el inquisidor le había hecho llamar. Mas él no quiso esperar, y se fue al inquisidor, diciéndole que había oído que lo buscaba; que estaba dispuesto a todo lo que quisiese (este inquisidor se llamaba nuestro maestro Ori, fraile de Santo Domingo)<sup>19</sup>, pero que le rogaba que lo despachase pronto porque tenía intención de entrar por San Remigio de aquel año en el curso de Artes<sup>20</sup>; que deseaba que esto pasase antes, para poder mejor atender a sus estudios. Pero el inquisidor no le volvió a llamar, sino sólo le dijo que era verdad que le habían hablado de sus cosas, etc.

82. Poco después vino San Remigio, que cae al principio de octubre, y entró al oír el curso de Artes bajo un maestro llamado Mro. Juan Peña<sup>21</sup>, y entró con propósito de conservar aquellos

de La Coruña, escribió desde Madrid a San Francisco de Borja el 8 de abril de 1565: «Cerca de donde yo residía estaba el señor Calixto de Sa; y también murió allá, viniendo de acá, el señor Arteaga, que iba obispo de Chiapa. Los cuales, en compañía del bendito P. Iñigo, juntos conversaban mucho en nuestro P. San Agustín de Salamanca, siendo yo novicio en ella» (Archivo Romano de la Compañía de Jesús, *Hisp.* 102 fol.168).

<sup>19</sup> El título de *magister noster* se daba a los profesores de teología de la Universidad de París. «Magistrum nostrum si dicas, theologum intelligunt, praesertim Lutetiae et Lovanii». Así Erasmo en *De conscribendis epistolis* (Amsterdam 1682) p.107. El mismo Erasmo, moviéndose de los tales, escribía a Ana de Borselen: «Nunc tempora sunt, ita morem geras, non dicam vulgo, sed etiam iis qui doctrinae principatum tenent, nemo doctus videri potest, nisi *Magister noster* appelletur, etiam vetante Christo, theologorum principe» (ALLEN, *Opus epistolarum* I p.345). Mateo Ory, O.P., prior del convento de Saint Jacques, era entonces inquisidor en París.

<sup>20</sup> El curso de artes o filosofía empezaba el 1 de octubre, fiesta de San Remigio. San Ignacio iba a empezararlo en el colegio de Santa Bárbara aquel año, 1529, y de aquí la prisa que tuvo para que se resolviese su asunto ante la Inquisición. Véase lo dicho en la nota 11.

<sup>21</sup> Juan Peña era valenciano. Prestó su juramento en la Universidad el año 1522 y empezó a ejercer su profesorado en el curso 1524-1525.

andare più inanzi a cercar'altro, acciò potesse più commodamente studiare.

Cominciando a sentire le lettione del corso, gli incominciarono a venir le medesime tentationi, che gli erano venute quando in Barcelona studiava grammatica<sup>22</sup>; et ogni volta che sentiva la lettione non poteva stare attento con le molte cose spirituali che gli occorrevano. Et vedendo che in quel modo faceva poco profitto in le lettere, s'andò al suo maestro et gli fece promessa di non mancar mai di sentir tutto il corso, mentre che potesse trovare pane et acqua per poter sostentarsi. Et fatta questa promessa, tutte quelle devotione, che gli venivano fuor di tempo, lo lasciarono, et andò con li suoi studi avanti quietamente. In questo tempo conversava con Mro. Pietro Fabro et con Mro. Francesco Xavier, li quali poi guadagnò a servizio di Dio per mezzo degli Exercitii.

In quel tempo del corso non lo perseguitavano como prima. Et a questo proposito una volta gli disse il dottor Frago<sup>23</sup>, che si maravigliava come andava quieto, senza nissuno gli desse fastidio; et lui gli rispose: —La causa è perch'io non parlo a nissuno delle cose de Dio; ma, finito il corso tornaremo al solito.

83. Et parlando insieme tutti doi, venne un frate a pregar al dottor Frago, che gli volesse trovar una casa, perchè in quella, dove lui haveva la stanza, erano morti molti, quali pensava che di peste, perchè all'ora cominciava la peste in Parigi. Il dottor Frago col pelegriano volsero andare a vedere la casa, et menorno una donna, che se n'intendeva molto, la quale, entrata dentro, affermò esser peste. Il pelegriano volse anche entrare; et trovando un ammalato, lo consolò, toccandogli con la mano la piaga; et poi che l'ebbe consolato et animato un poco, se n'andò solo; et la mano gli incominciò a dolere, che gli pareva haver la peste; et questa imaginatione era tanto vehemente, che non la poteva vincere, finchè con grand'impeto si pose la mano in bocca, rivoltandovela molto dentro, et dicendo: —Se tu hai la peste alla mano, l'haverai anche alla bocca—. Et quando hebbe fatto questo, se gli levò la imaginatione, et la doglia della mano.

84. Ma quando tornò al collegio di Santa Barbara, dove all'ora haveva la stanza et sentiva il corso, quelli del collegio, che sapevano che egli era entrato nella casa della peste, fuggivano da lui, et non volsero lasciarlo entrare; et così fu costretto star alcuni giorni fuori.

S'usa a Parigi, quelli che studian le Arti, il terzo anno, per farsi bacalaureo, pigliano una pietra, che loro dicono; et perchè in quello si spende un scudo, alcuni molti poveri non lo possono

<sup>22</sup> Véase más arriba, n.54-55.

<sup>23</sup> El doctor Jerónimo Frago y Garcés, de la diócesis de Tarazona, natural de Uncastillo, en Aragón. Fue profesor de Sagrada Escritura en la Sorbona. Murió en

que habían propuesto servir al Señor, pero no seguir buscando otros, a fin de poder estudiar más cómodamente.

Empezando a oír las lecciones del curso, comenzaron a venirle las mismas tentaciones que le habían venido cuando en Barcelona estudiaba gramática<sup>22</sup>; y cada vez que oía la lección, no podía estar atento, con las muchas cosas espirituales que le ocurrían. Y viendo que de este modo hacía poco provecho en las letras, se fue a su maestro y le prometió que no faltaría nunca de seguir todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse. Y hecha esta promesa, todas aquellas devociones que le venían fuera de tiempo le dejaron, y prosiguió sus estudios tranquilamente. En este tiempo conversaba con Mro. Pedro Fabro y con Mro. Francisco Javier, los cuales después ganó para el servicio de Dios por medio de los ejercicios.

En aquel tiempo del curso no le perseguían como antes. Y a este propósito, una vez le dijo el doctor Frago<sup>23</sup> que se maravillaba de que anduviese tan tranquilo, sin que nadie le molestase. Y él le respondió: —La causa es porque yo no hablo con nadie de las cosas de Dios; pero, terminado el curso, volveremos a lo de siempre.

83. Y mientras los dos hablaban, se acercó un fraile para pedir al doctor Frago que le buscara una casa, porque en aquella donde él se hospedaba habían muerto muchos, y creía que de peste, porque entonces comenzaba la peste en París. El doctor Frago y el peregrino quisieron ir a ver la casa, y llevaron una mujer que entendía mucho en esto, la cual, entrando en la casa, afirmó que era peste. El peregrino quiso entrar también, y encontrando un enfermo, lo consoló, tocándole con la mano la llaga; y después de haberle consolado y animado un poco, se fue solo; y la mano le empezó a doler, de modo que le pareció que tenía la peste. Y esta imaginación era tan vehemente, que no la podía vencer, hasta que con gran ímpetu se metió la mano en la boca, dándole muchas vueltas dentro, y diciendo: —Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca—. Y habiendo hecho esto, se le quitó la imaginación y el dolor en la mano.

84. Pero, cuando volvió al colegio de Santa Bárbara, donde entonces vivía y seguía el curso, los del colegio, que sabían que había estado en la casa apestada, huían de él, y no quisieron dejarle entrar; y así se vio obligado a vivir fuera algunos días.

Es costumbre en París que los que estudian Artes, al tercer año, para hacerse bachilleres, tomen una piedra, como ellos dicen; y como en esto se gasta un escudo, algunos estudiantes muy po-

fare. Il pelegrino cominciò a dubitare seria buono che la pigliasse. Et trovandosi molto dubbio et senza rissolutione, si deliberò metter la cosa in mano del suo maestro, il quale consigliandoli che la pigliasse, la pigliò. Nientedimeno non mancorno murmuratori; almeno un spagnuolo che lo notò<sup>24</sup>.

In Parigi si trovava già a questo tempo molto malo dello stomaco, di modo che ogni 15 giorni haveva una doglia di stomaco, che gli durava una hora grande et gli faceva venir la febre; et una volta gli durò la doglia del stomaco 16 o 17 hore. Et havendo già a questo tempo passato il corso delle arti et studiato alcuni anni in theologia et guadagnato li compagni<sup>25</sup>, la malatia andava sempre molto inanzi, senza poter trovare alcun rimedio, quantunque se ne provassero molti.

85. Solamente li medici dicevano che non restava altro che l'aere nativo che gli potesse giovare. Li compagni anchora lo consigliavano il medesimo et gli fecero grande instantia. Et già a questo tempo erano tutti deliberati di quello che havevano da fare, cioè: di andare a Venetia et a Hierusalem et spender la vita sua in utile delle anime; et se non gli fosse data licentia di restare in Hierusalem, ritornarsene a Roma et presentarsi al Vicario di Cristo, acciò gli adoperasse dove giudicasse esser più a gloria di Dio et utile delle anime. Havevano anchora proposto di aspettare un anno la imbarcatione in Venetia; et non essendo quell'anno imbarcatione per Levante, che fossero liberati dal voto di Hierusalem et andassero al Papa etc.<sup>26</sup>

Alla fine il pelegrino si lasciò persuadere dalli compagni, perchè anchora quelli che erano spagnuoli havevano a far alcuni negotii, li quali lui poteva expedire<sup>27</sup>. Et lo accordo fu che, dappoi che lui si trovasse bene, andasse a fare li negotii loro, et poi passasse a Vinetia, et là aspettasse li compagni.

<sup>24</sup> El sentido de la expresión «pigliare una pietra» no aparece claro, y el mismo Quicherat, en su *Histoire de Saint Barbe* I 196-197, dice no haber hallado nada sobre esta costumbre universitaria. Creemos que se trataba del examen para conseguir el grado de bachiller, el cual probablemente se daba estando el examinando sentado en una piedra, al modo como refiere que se hacía en la Universidad de Coimbra BLUTEAU en el *Vocabulario portuguez et latino* (Lisboa 1720) en la palabra *Petra*: «Na Universidade de Coimbra, quando algum estudante se ha de examinar, depois de admitido, se vay assentar por humidade em huma pedra, deputada para esta funçao, com a cabeça descuberta, e o primeyro Examinador faz ao examinando as perguntas costumadas: como se chama, e de que Bispado e lugar he, etc. e finalmente propoem o problema dos Physicos, e depois os outros dous Examinadores fazem seus argumentos, etc. Acabado o primeyro exame, toma a pedra o segundo examinando, etc.». Según esto, la duda de San Ignacio debió de consistir en si tomaría el grado de bachiller o si seguiría sus estudios sin títulos académicos. Resuelta esta dificultad al pasar el bachillerato, después siguió adelante, consiguiendo el grado de maestro en artes. Véase *Fontes narr.* I 478 nota 20. El grado de bachiller en artes lo sacó a principios de 1532 y no en diciembre, como se dice en *Fontes narr.* I 32\*.

<sup>25</sup> El tiempo que San Ignacio dedicó a los estudios en París se divide de la siguiente forma: gramática y humanidades, desde febrero de 1528 hasta la cuaresma de 1529; artes o filosofía, cursos de 1529-1530, 1530-1531, 1531-1532. Desde octubre de 1532 hasta la Pascua de 1533 tuvo que ocuparse en los ejercicios literarios

bres no lo pueden hacer. El peregrino empezó a dudar si sería bueno que la tomase; y encontrándose muy dudoso y sin resolverse, deliberó poner el asunto en manos de su maestro; y aconsejándole éste que la tomase, la tomó. A pesar de lo cual no faltaron murmuradores, a lo menos un español, que lo notó<sup>24</sup>.

En París se encontraba ya a este tiempo muy mal del estómago, de modo que cada quince días tenía dolor de estómago, que le duraba una hora larga y le hacía venir fiebre. Y una vez le duró el dolor de estómago dieciséis o diecisiete horas. Y habiendo ya en este tiempo pasado el curso de las Artes, y habiendo estudiado algunos años teología<sup>25</sup>, y ganado a los compañeros, la enfermedad iba siempre muy adelante, sin poder encontrar ningún remedio, aun cuando se probasen muchos.

85. Los médicos decían que no quedaba otro remedio que el aire natal. Además, los compañeros le aconsejaban lo mismo y le hicieron grandes instancias. Ya por este tiempo habían decidido todos lo que tenían que hacer, esto es: ir a Venecia y a Jerusalén, y gastar su vida en provecho de las almas; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas. Habían propuesto también esperar un año la embarcación en Venecia, y si no hubiese aquel año embarcación para Levante, quedarían libres del voto de Jerusalén y acudirían al Papa, etc.<sup>26</sup>

Al fin, el peregrino se dejó persuadir por los compañeros, y también porque los españoles de entre ellos tenían algunos asuntos que él podía despachar<sup>27</sup>. Y lo que se acordó fue que, después que él se encontrase bien, fuese a despachar los asuntos de los compañeros, y después se dirigiese a Venecia y esperase allí a los compañeros.

requeridos para la consecución del grado de maestro en artes. En 1533, y hasta el mes de abril de 1535, estudió teología. A principios de 1535 consiguió el grado de maestro en artes bajo el rector F. Jacquart, que tuvo este cargo desde el 15 de diciembre de 1534 hasta el 24 de marzo de 1535. El título de maestro eo artes puede verse publicado en *Scripta de S. Ignatio* II 1-2. La Facultad de Teología certificó que había estudiado en ella por espacio de un año y medio (MI, *Scripta* II 2). Haber estudiado teología «per unum annum cum dimidio» era una fórmula empleada en la Universidad de París para declarar que se había logrado la suficiencia en dichos estudios. La misma se empleaba con todos los estudiantes, por ejemplo con el Beato Fabro, el cual estudió teología durante más de cinco años (MHST, *Fabri Monumenta* p.6).

<sup>26</sup> Esta es la sustancia del célebre voto de Montmartre, que hizo San Ignacio el 15 de agosto de 1534, junto con sus seis primeros compañeros: Francisco Javier, Pedro Fabro, Alfonso Bobadilla, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodrigues. Al renovarlos todos ellos al año siguiente y en la misma fecha, se les añadieron otros tres compañeros, adquiridos en aquel año: Claudio Jayo, Juan Coduri y Pascasio Broet. Sobre cada uno de ellos se da un resumen biográfico eo *Fontes narr.* I 37-39 notas 21-31.

<sup>27</sup> El P. Polanco, en la *Vida* latina, añade otro motivo muy probable de la ida de San Ignacio a España: el deseo de reparar en su tierra natal el mal ejemplo que en ella había dado durante su juventud (*Fontes narr.* II 568). Lo mismo indica el P. Araoz en su juicio sobre la *Vida de San Ignacio*, por el P. Ribadeneira (MI, *Scripta* I 730).

86. Questo era l'anno del 35, et li compagni erano per partirsi, secondo il patto, l'anno del 37, il giorno della conversione di S. Paolo <sup>28</sup>, benchè poi si partirono, per le guerre che vennero, l'anno del 36, il novembre <sup>29</sup>. Et stando il pelegrino per partirse, intese che lo havevano accusato allo inquisitore, et fatto processo contro di lui. Intendendo questo et vedendo che non lo chiamavano, se n'andò all'inquisitore et gli disse quello che haveva inteso, et che lui era per partirsi in Spagna, et che aveva compagni; che lo pregava volesse dare la sentenza. L'inquisitore disse che era vero in quanto dell'accusatione; ma che non vedeva esservi cosa d'importanza. Solamente voleva veder li suoi scritti degli Essercitii; et vedendogli, gli lodò molto, et pregò il pelegrino gliene lasciasse la copia; et così lo fece. Nientedimeno tornò ad instar volesse andare col processo inanci, sino alla sentenza. Et scusandosi lo inquisitore, lui venne con un notaro publico et con testimonii a casa sua, et pigliò di tutto questo la fede <sup>30</sup>.

87. Et fatto questo, montò in un piccolo cavallo, che li compagni gli havevano comperato, et se n'andò solo verso il paese, trovandosi per la strada molto meglio. Et arrivando alla Provincia <sup>1</sup>, lasciò la strada commune et pigliò quella del monte, che era più solitaria, per la quale caminando un poco, truovò dui homini armati, che gli venivano incontro (et è quella strada alquanto infame d'assassini), li quali, dipoi che l'ebbero passato un pezzo, tornorno indietro, seguitandolo con gran fretta, et hebbe un poco di paura. Pure gli parlò, et intese che erano servitori del suo fratello <sup>1a</sup>, il quale lo mandava a ritruovare. Perchè, secondo pare, di Baiona di Francia, dove il pelegrino fu conosciuto, haveva havuto nova della sua venuta, et così loro andorno inanti, et lui andò per la medesima. Et un poco prima che arrivasse alla terra,

<sup>28</sup> 25 de enero.

<sup>29</sup> En realidad, los compañeros de San Ignacio salieron de París el 15 de noviembre de 1536.

<sup>30</sup> Este documento no ha llegado hasta nosotros, como tampoco la copia de los ejercicios que dio Ignacio al inquisidor. En aquella ocasión no era ya inquisidor

86. *Esto era el año 35, y los compañeros estaban para partir, según el pacto, el año 37, el día de la conversión de San Pablo<sup>28</sup>, aun cuando después, por las guerras que vinieron, partieron el año 36, en noviembre<sup>29</sup>. Y estando el peregrino para partir, oyó que le habían acusado al inquisidor, y que se había hecho proceso contra él. Oyendo esto y viendo que no le llamaban, se fue al inquisidor y le dijo lo que había oído, y que estaba para marcharse a España, y que tenía compañeros; que le rogaba que diese sentencia. El inquisidor dijo que era verdad lo de la acusación, pero que no veía que hubiese cosa de importancia. Solamente quería ver sus escritos de los Ejercicios; y habiéndolos visto, los alabó mucho y pidió al peregrino que le dejase la copia de ellos; y así lo hizo. Con todo esto, volvió a instar para que quisiese seguir adelante en el proceso hasta dictar la sentencia. Y excusándose el inquisidor, fue él con un notario público y con testigos a su casa y tomó fe de todo ello<sup>30</sup>.*

## CAPITULO IX

87. Parte para su tierra.—88-89. Se aloja en el hospital. Ejercita obras de celo en Azpeitia.—90. Visita Pamplona, Almazán, Sigüenza, Toledo, Valencia. Visita al doctor Castro.—91. Se embarca para Génova, adonde llega después de una gran tempestad. Después de grandes penalidades llega a Bolognia. De allí va a Venecia.

87. *Y hecho esto, montó en un caballo pequeño que los compañeros le habían comprado, y se fue solo hacia su tierra. En el camino se encontró mucho mejor. Y llegando a la Provincia<sup>1</sup> dejó el camino común y tomó el del monte, que era más solitario; por el cual caminando un poco, encontró dos hombres armados que venían a su encuentro (y tiene aquel camino alguna mala fama por los asesinos), los cuales, después de haberle adelantado un poco, volvieron atrás, siguiéndole con mucha prisa, y tuvo un poco de miedo. Con todo, habló con ellos, y supo que eran criados de su hermano<sup>1a</sup>, el cual los mandaba para buscarle. Porque, según parece, de Bayona de Francia, donde el peregrino fue reconocido, había tenido noticia de su venida; y así ellos anduvieron delante, y él siguió por el mismo camino. Y un poco antes de llegar a la*

Fr. Mateo Ory, como desde el P. Polanco (*Sumario* n.50, *Fontes narr.* I p.180) han venido repitiendo algunos biógrafos del Santo, sino Fr. Mateo Liévin. Véase *Fontes narr.* I 180 nota 32; II 561 nota 153.

<sup>1</sup> Así se llamaba a Guipúzcoa. Cf. *Fontes narr.* II 511.

<sup>1a</sup> Martín García de Oñaz, hermano mayor de Ignacio y señor de Loyola.

truovò li predetti <sup>2</sup>, che gli andavano incontro, li quali gli fecero grande instantia per menarlo a casa del fratello, ma non lo potero sforzare. Così se n'andò all'hospitale <sup>3</sup>, et poi a hora commoda andò a cercare elemosina por la terra.

88. Et in questo hospitale cominciò a parlar con molti, che lo andorno a visitare, delle cose di Dio, per la cui gratia si fece assai frutto. Subito al principio che arrivò si deliberò di insegnar la dottrina cristiana ogni dì alli putti; ma suo fratello lo repugnò grandemente, afirmando che nessuno venirebbe. Lui rispose che basteria uno. Ma dipoi che lo cominciò a fare venivano molti continuamente a sentirlo, et etiam suo fratello.

Oltre la dottrina cristiana, predicava anche le domeniche et feste, con utile et aiuto delle anime, che di molte milia lo venivano a sentire. Ha fatto anche sforzo di scacciare alcuni abusi; et con l'aiuto di Dio si è posto ordine in alcuno; verbi gratia, nel giuoco fece che fosse vetato con executione, persuadendolo a quello che governava la giustizia. Era anche là un'altro abuso, in questo modo: le citelle in quel paese vanno sempre col capo scoperto, et non lo coprono se non quando si maritano. Ma sono molte, che si fanno concubine de preti et d'altri huomini, et guardangli fede, come se fossero loro donne. Et questo è tanto commune, che le concubine non hanno punto di vergogna di dire che si hanno coperto il capo per un tale; et per tali sono conosciute essere.

89. Per la qual usanza nasce molto male. Il pelegirino persuase al Governatore che facesse una legge, che tutte quelle che si coprissero il capo per alcuno, non essendo loro donne, fussero gastigate con giustizia; et a questo modo s'inconinciò a levar questo abuso. Alli poveri ha fatto dar ordine come se fosse proveduto publico et ordinariamente <sup>4</sup>. Et che si toccasse tre volte all'Ave-maria, cioè: la matina, il mezzo giorno, et la sera, acciò il populo facesse oratione, come in Roma <sup>5</sup>. Ma quantunque si trovava bene al principio, venne poi ad infermarsi gravemente. Et poi che fu sano, deliberò di partirsi a far le facende che gli erano state imposte dalli compagni, et partirsi senza quatrini; della qual cosa

<sup>2</sup> Mantenemos la lectura «predetti», en castellano *susodichos*, adoptada en nuestra edición de *Fontes narr.* I p.482, sustituyéndola a la lectura *preti*, por las razones que adjumos en *Notas ignacianas*: 1. *Una lectura controvertida de la Autobiografía: «preti» o «predetti»*: Estudios Eclesiásticos, 24 (1950) 91-97. Según esto, rechazamos la tradición de que San Ignacio fue recibido con solemnidad por los sacerdotes (*preti*) de Azpeitia

<sup>3</sup> Era el hospital llamado «de la Magdalena». Véase lo que sobre la permanencia del Santo en él y sobre el caballo que allí dejó escribía al mismo Ignacio el P. Miguel Ochoa [Navarro], compañero de San Francisco de Borja, el 8 de enero de 1552, desde Loyola: «... y de allí nos fuimos al hospital de la Magdalena, donde V. P. quiso posar cuando vino a esta tierra, y especialmente el P. Francisco, que quiso comer en la mesma mesilla donde V. P. solía comer, y en la mesma cámara donde solía dormir. Hallamos también el mesmo cuartago que V. P. dejó al hospital agora

tierra, encontró a los susodichos<sup>2</sup> que le salían al encuentro, los cuales le hicieron muchas instancias para conducirlo a casa del hermano, pero no le pudieron forzar. Así se fue al hospital<sup>3</sup>, y después, a hora conveniente, fue a buscar limosna en el pueblo.

88. Y en este hospital comenzó a hablar con muchos que fueron a visitarle de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Tan pronto como llegó, determinó enseñar la doctrina cristiana cada día a los niños; pero su hermano se opuso mucho a ello, asegurando que nadie acudiría. El respondió que le bastaría con uno. Pero después que comenzó a hacerlo, iban continuamente muchos a oírle, y aun su mismo hermano.

Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y provecho de las almas, que de muchas millas venían a oírle. Se esforzó también para suprimir algunos abusos, y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno, *verbi gratia*: en el juego, hizo que con ejecución se prohibiese, persuadiéndolo al que tenía el cargo de la justicia. Había también allí un abuso, y era éste: en aquel país las muchachas van siempre con la cabeza descubierta, y no se cubren hasta que se casan; pero hay muchas que se hacen concubinas de sacerdotes y otros hombres, y les guardan fidelidad, como si fuesen sus mujeres. Y esto es tan común, que las concubinas no tienen ninguna vergüenza en decir que se han cubierto la cabeza por alguno, y por tales son conocidas.

89. Del cual uso nace mucho mal. El peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, según la cual todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo sus mujeres, fuesen castigadas por la justicia; y de este modo empezó a quitarse este abuso. Hizo que se diese orden para que a los pobres se les socorriese pública y ordinariamente<sup>4</sup>, y que se tocase tres veces al «Ave María», esto es, por la mañana, al mediodía y a la tarde, para que el pueblo hiciese oración, como en Roma<sup>5</sup>. Mas, aunque al principio se encontraba bien, después se enfermó gravemente. Y después que se curó, decidió partirse para despachar los asuntos que le habían confiado sus compañeros, y partirse sin dinero; de lo cual se

diez y seis años, y está muy gordo y muy bueno, y sirve hoy en día muy bien a la casa: es privilegiado en Azpeitia, que aunque entre en los panes, disimulan con él. El P. Francisco dice sobre él: *respexit Dominus ad Abel et ad munera eius...*» (MHSI, *Litterae Quadrimestres* I 494).

<sup>4</sup> Las ordenaciones para socorrer a los pobres y evitar la mendicidad fueron publicadas en MI, *Scripta* I 539-543.

<sup>5</sup> En carta a los ciudadanos de Azpeitia, escrita en agosto o septiembre de 1540, les recordaba Ignacio las cosas que había dejado establecidas en Azpeitia a su paso por ella: «de hacer tocar las campanas por los que en pecado mortal se hallasen; que no hubiese pobres mendicantes, mas que todos fuesen subvenidos; que no hubiesen juegos de cartas, ni vendedores ni compradores de ellas; y que de poner tocados las mujeres sobre mal fundamento y ofensa a Dios N. S., que fuese extirpado tal abuso» (MI, *Epp.* I 163).

si scorrociò molto il suo fratello, vergognandosi che volesse andare a piedi<sup>6</sup>. Et alla sera il pelegrino ha voluto condescendere in questo, di andare insino alla fine della Provincia a cavallo col suo fratello et con li suoi parenti.

90. Ma quando fu uscito dalla Provincia, scese a piede, senza pigliar niente, et se ne andò verso Pamplona; et ivi ad Almazzano, paese del P. Laynez; et dipoi a Sigüenza et Toletto<sup>7</sup>; et di Toletto a Valenza. Et in tutti questi paesi delli compagni non volse pigliare niente, quantunque gli facessero grandi offerte con molta instantia.

In Valenza parlò con Castro<sup>8</sup> che era monacho certosino; et volendosi imbarcar per venire a Genova, li devoti di Valenza lo han pregato non lo facesse, perchè dicevano che era Barba Rossa<sup>9</sup> in mare con molte galere, etc. Et quantunque molte cose dicessero, bastanti a fargli paura, nientedimeno nissuna cosa lo fece dubitare.

91. Et imbarcato in una nave grande, passò la tempesta, della quale si è fatta mentione di sopra<sup>10</sup>, quando si è detto che fu tre volte a punto di morte.

Arrivato a Genova, pigliò la strada verso Bologna, nella quale ha patito molto, maxime una volta che smarì la via, et cominciò a camminare presso un fiume, il quale era basso, et la strada alta, la quale, quanto più caminava per essa, tanto più si faceva stretta; et in tal modo si venne a far stretta, che non poteva più nè andare inanzi nè tornare indietro. Et così cominciò a camminare carpone; et così caminò un gran pezzo con gran paura; perchè, ogni volta che si moveva, credeva di cascare in fiume. Et questa fu la più gran fatica et travaglio corporale che mai avesse, ma alla fine campò. Et volendo entrare in Bologna, havendo a passar un ponticello di legno cade giù del ponte; et così, levandosi carico di fango et di acqua, fece ridere molti, che si trovorno presenti.

Et entrando in Bologna, cominciò a domandar elemosina, et non trovò pure un solo quatrino, quantunque la cercasse tutta<sup>11</sup>.

Stette alcun tempo in Bologna ammalato, dipoi se ne andò a Venetia, al medesimo modo sempre.

<sup>6</sup> Nos permitimos cambiar la puntuación de la edición de *Fontes narr.* I 486, manteniendo la adoptada por el manuscrito *N* y desechando la de *Post.* Según esto, ponemos punto después de «a piedi» y no después de «alla sera».

<sup>7</sup> En Toledo debió de visitar a los parientes de Alfonso Salmerón y a su antiguo compañero en la Universidad de París el doctor Pedro de Peralta (cf. n.77), pues Polanco nos dice que «era también en su intención tornar a cobrar, si Dios fuese servido, los compañeros que había primero dejado en España, o de París eran tornados a ella, como son Arteaga, Calixto, Peralta, Castro; pero ninguno de todos ellos se dispuso a seguirle» (*Fontes narr.* I 187-188). En este viaje se detuvo también en Madrid, seguramente con el deseo de ver a Arteaga, que por entonces era preceptor de Luis de Requeséns, hijo del comendador mayor de Castilla, don Juan de Zúñiga (cf. MARCH, *Niñez y juventud de Felipe II* t.2 p.96-97.222-223). Con esta ocasión vio Felipe II, niño entonces de ocho años, a San Ignacio, como el mismo rey recordaba cincuenta años más tarde, al serle mostrado el retrato del Santo pintado por Alonso Sánchez Coello. *Fontes narr.* III 245. Era aya del príncipe

enojó mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie<sup>6</sup>. Y por la tarde el peregrino quiso condescender en esto de ir hasta al fin de la Provincia a caballo con su hermano y con sus parientes.

90. Pero, cuando hubo salido de la Provincia, dejó el caballo, sin tomar nada, y se fue en dirección de Pamplona, y de allí a Almazán, pueblo del P. Láinez, y después a Sigüenza y Toledo<sup>7</sup>, y de Toledo a Valencia. Y en todas estas tierras de los compañeros no quiso tomar nada, aun cuando le hiciesen grandes ofrecimientos con mucha insistencia.

En Valencia habló con Castro, que era monje cartujo<sup>8</sup>; y queriéndose embarcar para venir a Génova, los devotos de Valencia le rogaron que no lo hiciese, porque decían que estaba en el mar Barbarroja<sup>9</sup> con muchas galeras, etc. Y por muchas cosas que le dijeron, suficientes para ponerle miedo, con todo, nada bastó para hacerle dudar.

91. Y embarcando en una nave grande, pasó la tempestad, de la cual se ha hecho mención más arriba<sup>10</sup>, cuando se dijo que estuvo tres veces a punto de muerte.

Llegado a Génova, emprendió el camino hacia Bolonia, y en él sufrió mucho, máxime una vez que perdió el camino y empezó a andar junto a un río, el cual estaba abajo y el camino en alto, y este camino, cuanto más andaba, se iba haciendo más estrecho; y llegó a estrecharse tanto, que no podía seguir adelante, ni volver atrás; de modo que empezó a andar a gatas, y así caminó un gran trecho con gran miedo, porque cada vez que se movía creía que caía en el río. Y ésta fue la más grande fatiga y penalidad corporal que jamás tuvo; pero al fin salió del apuro. Y queriendo entrar en Bolonia, teniendo que atravesar un puentecillo de madera, cayó abajo del puente; y así, levantándose cargado de barro y de agua, hizo reír a muchos que se hallaron presentes.

Y entrando en Bolonia, empezó a pedir limosna, y no encontró ni siquiera un cuatrín, aunque la recorrió toda<sup>11</sup>.

Estuvo en Bolonia algún tiempo enfermo; después se fue a Venecia, siempre de la misma manera.

doña Leonor Mascarenhas, que ya de antes conocía y admiraba a San Ignacio. Véase n.80.

<sup>6</sup> Véase el n.78.

<sup>7</sup> Chaireddin, célebre pirata, jefe de la escuadra de Solimán II.

<sup>10</sup> Cf. n.33. Creemos que probablemente la nave no hizo viaje directo de Valencia a Génova, sino que hizo escala en Barcelona. Así se conciliaría con el relato autobiográfico la narración de Polanco en el *Sumario* n.60 y en la *Vida latina* (*Fontes narr.* I 187-488<sup>14</sup>; II 571).

<sup>11</sup> Después de tan mal viaje hacia Bolonia y de la poco benévola acogida que tuvo en esta ciudad, recibió algún alivio en el Colegio Mayor de San Clemente de los españoles (cf. *Fontes narr.* I 188; II 572). En Bolonia comenzó San Ignacio a reanudar sus estudios de teología, pero, no probándole el clima de la ciudad, se dirigió a Venecia para esperar a sus compañeros. Allí se propuso completar sus estudios teológicos desde principios de 1536 hasta la cuaresma de 1537. Véase su carta a Jaime Cazador, escrita el 12 de febrero de 1536 (MI, *Epp.* I 95-96).

92. In Venetia in quello tempo s'exercitava in dare gli exercitii et in altre conversationi spirituali. Le persone più segnalate, a cui gli dette, sono Mro. Pietro Contareno<sup>1</sup>, et Mro. Gasparro de Doctis<sup>2</sup>, et un spagnuolo, chiamato per nome Rocas<sup>3</sup>. Et era anchora là un altro spagnuolo, che si diceva il bacigliere Hozes<sup>4</sup> il quale praticava molto col pelegrino, et anche col vescovo di Cette<sup>5</sup>. Et quantunque havesse un poco affettione di fare gli exercitii, nondimeno non gli meteva in executione. Alla fine si rissolse di entrare a fargli; et dipoi che gli hebbe fatto, 3 o 4 giorni, disse l'animo suo al pelegrino, dicendogli che haveva paura non gli insegnasse negli exercitii qualche dottrina cativa, per le cose che gli haveva detto un tale. Et per questa causa havea portato seco certi libri, a ciò ricorresse a quelli, se per sorte lo volesse ingannare. Questo si aiutò molto notabilmente negli exercitii, et alla fine si rissolse di seguitare la vita del pelegrino. Questo fu anche il primo che morì.

93. In Venetia hebbe anche il pelegrino altra persecutione, essendo molti che dicevano che gli era stata abbrusciata la statua in Spagna et in Parigi. Et questa cosa andò tanto inanzi, che si è fatto processo, et fu data la sentenza in favore del pelegrino<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Pedro Contarini, noble clérigo veneciano, procurador del hospital de los Incurables. Procedía de una rama diferente de la del cardenal Gaspar Contarini, que tanto había de ayudar después a la Compañía en Roma. Sucedió a Mateo Giberti en la sede episcopal de Verona y en 1557 fue trasladado a la de Pafos, en Chipre. En 1562 renunció a su diócesis.

<sup>2</sup> Gaspar de Doctis era entonces vicario del nuncio pontificio en Venecia, Jerónimo Verallo. Fue desde 1551 gobernador de Loreto, y allí, en 1556, hizo los votos simples de la Compañía, conservando, con todo, su traje seglar y regentando el santuario.

<sup>3</sup> Nótese el apellido Rozas o Rosas (Roças en los mss.), que no hay que confundir con Rojas. No consta con claridad de quién se trata. Cf. *Fontes narr.* I 490<sup>o</sup>. Parece tratarse de un tal Rodrigo Rozas.

<sup>4</sup> El bachiller Diego de Hocés, natural de Málaga, se juntó muy pronto con San Ignacio y sus compañeros. Murió en 1538 en Padua mientras ejercía la predi-

## CAPITULO X

92. En Venecia da los ejercicios.—93. Es perseguido, pero al fin es reconocida su inocencia. Se juntan con él los compañeros venidos de París. Después de esperar algunos meses, parten para Roma con intención de pedir permiso para emprender la peregrinación a Palestina. A la vuelta de Roma se ordenan los que no eran sacerdotes.—94-95. Mientras esperan una ocasión para embarcarse se distribuyen entre varias ciudades del dominio veneciano. San Ignacio visita a Simón Rodrigues, enfermo en Bassano.—96-97. Nueva distribución de los compañeros por diversas ciudades de Italia. Van a Roma. En el camino tiene San Ignacio la célebre visión.

92. *En Venecia por aquel tiempo se ejercitaba en dar los ejercicios y en otras conversaciones espirituales. Las personas más señaladas a quienes los dio son Mro. Pedro Contarini<sup>1</sup> y Mro. Gaspar de Doctis<sup>2</sup>, y un español llamado por nombre Rozas<sup>3</sup>. Y estaba también allí otro español, que se llamaba el bachiller Hocés<sup>4</sup>, el cual trataba mucho con el peregrino y también con el obispo de Cete<sup>5</sup>, y aunque tenía algún deseo de hacer los ejercicios, con todo no lo ponía en ejecución. Al fin resolvió hacerlos; y después que los hizo, a los tres o cuatro días, expuso su intención al peregrino, diciéndole que tenía miedo no fuese que le enseñase en los ejercicios alguna doctrina mala, por las cosas que le había dicho un tal. Y por esto había llevado consigo ciertos libros para recurrir a ellos en el caso de que quisiese engañarle. Este se ayudó muy notablemente en los ejercicios, y al fin se resolvió a seguir el camino del peregrino. Fue también el primero que murió.*

93. *En Venecia tuvo también el peregrino otra persecución, pues había muchos que decían que había sido quemada su estatua en España y en París. Y pasó esto tan adelante, que se hizo proceso, y fue dada sentencia en favor del peregrino<sup>6</sup>.*

cación en compañía del P. Juan Coduri. San Ignacio, que estaba entonces en Montecasino, vio su alma en el cielo. Véase Polanco, en el *Sumario* n.74 y en la *Vida* latina, n.91. *Fontes narr.* I 195; II 583.

<sup>5</sup> Una diócesis con semejante nombre no existe. Viseto en su traducción latina (*Fontes narr.* I 491, aparato crítico) lo interpretó *septensis* (de *Septa*, forma latina de *Ceuta*). Según esto, se trataría del obispo de Ceuta, que por aquel entonces era Diego de Silva. Con todo, las circunstancias hacen que sea menos probable esta interpretación, y aconsejan inclinarse por aquella, según la cual Cete está puesto por Chieti. Obispo de esta diócesis, cuyo nombre adjetivo es *theatinus*, de donde les vino el nombre a los Teatinos, era Juan Pedro Carafa, cofundador de aquella Orden religiosa y futuro papa Paulo IV, que desde 1527 vivía en Venecia. Sobre sus dificultades con San Ignacio véase la nota 7 de este capítulo.

<sup>6</sup> La sentencia fue dictada por Gaspar de Doctis. Ha sido publicada en MI, *Scripta* I 624-627.

Li 9 compagni vennero a Vinetia il principio del 37. Là si divisero a servire per diversi hospitali. Dopo 2 o 3 mesi se n'andorono tutti a Roma a pigliar la beneditione per passare in Hierusalem. Il pelegrino non andò per causa del Dottor Ortiz, et anche del nuovo cardinale Theatino<sup>7</sup>. Li compagni vennero da Roma con police di 200 o 300 scudi, li quali gli furono dati per elemosina per passare in Hierusalem; et loro non gli volsero pigliare senon in pollice; li quali dipoi, non potendo andare in Hierusalem, gli rendettero a quelli che gli havevano dati<sup>8</sup>.

Li compagni tornorno a Vinetia del modo che erano andati, cioè a piedi et mendicando, ma divisi in tre parti, et in tal modo, che sempre erano di diverse nationi. Là in Venetia si ordinorono da messa quelli che non erano ordinati, et gli dette licentia il nuntio, che all' hora era in Venetia, che poi si chiamò il cardinale Verallo. Si ordinorno ad titulum paupertatis, facendo tutti voti di castità et povertà<sup>9</sup>.

94. In quello anno non passavano navi in Levante, perchè li venetiani havevano rotto con turchi. Et così loro, vedendo che si allongava la speranza del passare, si compartirno per lo venetiano con intentione di aspettare l'anno che havevano deliberato; et poi che fosse fornito et non fosse passaggio, se ne andarono a Roma.

Al pelegrino toccò andare con Fabro et Laynez a Vicenza. Là trovorno una certa casa fuori della terra, che non haveva nè porte, nè fenestre, nella quale stavano dormendo sopra un poco di paglia che havevano portata<sup>9a</sup>. Dui di loro andavano sempre a cercare elemosina alla terra due volte il dì, et portavano tanto poco, che quasi non si potevano sustentare. Ordinariamente mangiavano un poco di pan cotto, quando l'havevano, il quale attendeva a cuocere quello che restava in casa. In questo modo passorno 40 dì, non attendendo ad altro che ad orationi.

95. Passati li 40 dì venne Mro. Gioanne Coduri, et tutti quatro si deliberorono di incominciare a predicare; et andando tutti 4 in diverse piazze, il medesimo dì et la medesima hora cominciorono la sua predica, gridando prima forte, et chiamando la gente con la berretta. Con queste prediche si fece molto rumore nella città, et molte persone si mossero con devotione, et havevano le commodità corporali necessarie con più abundantia.

<sup>7</sup> El doctor Ortiz se había molestado en París con San Ignacio por el cambio de conducta que se había obrado en Juan Castro y Pedro Peralta (véase más arriba, n.77). Entre San Ignacio y Juan Pedro Carafa, creado cardenal el 22 de diciembre de 1536, no existían buenas relaciones desde el incidente, no bien aclarado, ocurrido entre ellos en Venecia. Cf. *Fontes narr.* II 575, e ib., I 582 nota 14. Véase la carta que con toda seguridad puede decirse destinada a Juan Pedro Carafa (MI, *Epp.* I 114-118).

<sup>8</sup> Entre 60 ducados que recibieron del Papa y otros de otras personas, «traieron

Los nueve compañeros llegaron a Venecia a principio del 37. Allí se dividieron para servir en diversos hospitales. Después de dos o tres meses se fueron todos a Roma para tomar la bendición para pasar a Jerusalén. El peregrino no fue por causa del doctor Ortiz, y también del nuevo cardenal Teatino<sup>7</sup>. Los compañeros volvieron de Roma con pólizas de 200 ó 300 escudos<sup>8</sup>, los cuales les fueron dados de limosna para pasar a Jerusalén, y ellos no los quisieron tomar más que en pólizas. Estos escudos, después, no pudiendo ir a Jerusalén, los devolvieron a aquellos que se los habían dado.

Los compañeros volvieron a Venecia del mismo modo que habían ido, es decir, a pie y mendigando, pero divididos en tres grupos, y de tal modo que siempre eran de diferentes naciones. En Venecia se ordenaron de misa los que no estaban ordenados, y les dio licencia el nuncio, que estaba entonces en Venecia, el cual después se llamó el cardenal Verallo. Se ordenaron a título de pobreza, haciendo todos votos de castidad y pobreza<sup>9</sup>.

94. Aquel año no había naves que fuesen a Levante, porque los venecianos habían roto con los turcos. Y así ellos, viendo que se alejaba la esperanza de pasar a Jerusalén, se dividieron por el Véneto con intención de esperar el año que habían determinado, y si después de cumplido no hubiese pasaje, se irían a Roma.

Al peregrino tocó ir con Fabro y Láinez a Vicenza. Allí encontraron una cierta casa fuera de la ciudad, que no tenía ni puertas ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja que habían llevado<sup>10</sup>. Dos de ellos iban siempre a pedir limosna en la ciudad dos veces al día, y era tan poco lo que traían, que casi no podían sustentarse. Ordinariamente comían un poco de pan cocido, cuando lo tenían, y cuidaba de cocerlo el que quedaba en casa. De este modo pasaron cuarenta días, no atendiendo más que a la oración.

95. Pasados los cuarenta días, llegó el Mro. Juan Coduri, y los cuatro decidieron empezar a predicar; y dirigiéndose los cuatro a diversas plazas, en el mismo día y a la misma hora comenzaron su sermón, gritando primero fuerte y llamando a la gente con el bonete. Con estos sermones se hizo mucho ruido en la ciudad, y muchas personas se movieron a devoción, y ellos tenían con más abundancia las cosas necesarias para la vida.

aquí en zédulas 260 ducados». No pudiendo hacer la peregrinación, devolvieron este dinero. Así lo escribía San Ignacio desde Venecia a Juan Verdolay el 24 de julio de 1537 (MI, Epp. I 120-121). Sobre esta limosna, cf. *Fontes narr.* I 116 nota 10.

<sup>9</sup> La ordenación tuvo lugar el 24 de junio de 1537. El título de las órdenes puede verse en MI, *Scripta* I 543-546. El obispo de Arbe (Rab. en Dalmacia), Vicente Nigusanti, fue el que los ordenó.

<sup>10</sup> Se trata del monasterio titulado S. Pietro in Vivarolo (*Fontes narr.* II 580<sup>215</sup>).

In quel tempo che fu a Vicenza hebbe molte visioni spirituali, et molte quasi ordinarie consolationi; et per il contrario quando fu in Parigi; massime quando si incominciò a preparare per esser sacerdote in Venetia, et quando si preparava per dire la messa, per tutti quelli viaggi hebbe grandi visitationi soprannaturali, di quelle che soleva havere stando in Manressa. Stando anche in Vincenza seppe che uno delli compagni, che stava a Bassano<sup>10</sup>, stava ammalato a punto di morte, et lui si trovava etiam all' hora ammalato di febre. Nientedimeno si messe in viaggio; et camminava tanto forte, che Fabro, suo compagno, non lo poteva seguire. Et in quello viaggio hebbe certitudine da Dio, et lo disse a Fabro, che il compagno non morirebbe di quella infirmità. Et arrivando a Bassano, lo ammalato si consolò molto, et sanò presto<sup>11</sup>.

Poi tornorno tutti a Vincenza, et là sono stati alcuno tempo tutti dieci; e andavano alcuni a cercare elemosina per le ville intorno a Vicenza.

96. Poi, finito l'anno<sup>12</sup>, et non si trovando passaggio, si deliberorno di andare a Roma; et anche il pelegriño, perchè l'altra volta che li compagni erano andati, quelli dui, delli quali lui dubitava, si erano mostrati molto benevoli.

Andorono a Roma divisi in tre o quatro parti, et il pelegriño con Fabro et Laynez<sup>13</sup>; et in questo viaggio fu molto specialmente visitato da Iddio.

Haveva deliberato, dipoi che fosse sacerdote, di stare un anno senza dire messa<sup>14</sup>, preparandosi et pregando la Madonna lo volesse mettere col suo Figliuolo<sup>15</sup>. Et essendo un giorno, alcune miglia prima che arrivasse a Roma, in una chiesa, et facendo oratione, ha sentita tal mutatione nell'anima sua, et ha visto tanto chiaramente che Iddio Padre lo metteva con Cristo, suo Figliuolo, che non gli basterebbe l'animo di dubitare di questo, senonchè Iddio Padre lo metteva col suo Figliuolo.

<sup>10</sup> Era éste Simón Rodrigues.

<sup>11</sup> Refieren lo mismo con más detalles el P. Ribadeneira en *De actis* n.23, *Fontes narr.* II 333-334, y el P. Polanco en la *Vida latina*, ib., p.581. Véase también *Fontes narr.* III 84.86.424.

<sup>12</sup> Entiéndese el año durante el cual, según habían prometido en el voto de Montmartre, tenían que esperar la navegación para Jerusalén. Cómo tenía que computarse este año, no aparece del todo claro. En la duda parece prudente atenerse a la explícita declaración del P. Polanco, según el cual el año tenía que empezar a contarse desde la llegada de los compañeros de San Ignacio a Venecia, es decir, desde el 8 de enero de 1537. «Expectandus tamen erat annus, ab eo tempore, quo Venetias venerant, computandus, iuxta praedicti voti tenorem» (*Fontes narr.* II 579-582). Otra es la opinión defendida por el P. LETURIA, *Importancia del año 1538 en el cumplimiento del «Voto de Montmartre»*: *Archivum Historicum S.I.*, 9 (1940) 188-207.

<sup>13</sup> Aunque no estuviesen estrictamente obligados por el voto, retrasaron todavía

En el tiempo que estuvo en Vicenza tuvo muchas visiones espirituales, y muchas, casi ordinarias, consolaciones; y lo contrario le sucedió en París. Principalmente, cuando comenzó a prepararse para ser sacerdote en Venecia, y cuando se preparaba para decir la misa, durante todos aquellos viajes tuvo grandes visitaciones sobrenaturales, de aquellas que solía tener cuando estaba en Mansera. También estando en Vicenza supo que uno de los compañeros, que estaba en Bassano<sup>10</sup>, se encontraba enfermo y a punto de morir, y él se hallaba también en aquel mismo tiempo enfermo de fiebre. Con todo, se puso en camino, y andaba tan fuerte, que Fabro, su compañero, no le podía seguir. Y en este viaje tuvo certidumbre de Dios, y lo dijo a Fabro, que el compañero no moriría de aquella enfermedad. Y, llegando a Bassano, el enfermo se consoló mucho y sanó pronto<sup>11</sup>.

Después volvieron todos a Vicenza, y estuvieron allí por algún tiempo los diez, y algunos iban a pedir limosna por los pueblos cercanos.

96. Después, acabado el año<sup>12</sup>, y no encontrándose pasaje, decidieron ir a Roma, y también quiso ir el peregrino, porque la otra vez, cuando fueron a Roma los compañeros, aquellos dos, de los cuales él dudaba, se mostraron muy benévolos.

Se dirigieron a Roma, divididos en tres o cuatro grupos, y el peregrino con Fabro y Láinez<sup>13</sup>; y en este viaje fue muy especialmente visitado del Señor.

Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa<sup>14</sup>, preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo<sup>15</sup>. Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo.

algunos meses la ida a Roma, a excepción de San Ignacio y de los PP. Fabro y Láinez, los cuales se dirigieron a la Ciudad Eterna a fines de octubre. Les siguieron los demás inmediatamente después de la Pascua de 1538 (21 de abril). La presentación al Papa, en virtud del voto de Montmartre, para ofrecerse a lo que quisiese disponer de ellos, tuvo lugar entre el 18 y el 23 de noviembre. Véase *Fon-tes narr.* I 36\*.

<sup>14</sup> En realidad, San Ignacio difirió un año y medio exacto la celebración de su primera misa, desde el 24 de junio de 1537, en que fue ordenado sacerdote, hasta la noche de Navidad de 1538. Véase D. FERNÁNDEZ ZAPICO, *La carta de San Ignacio sobre su primera misa*: Archivum Historicum Societatis Iesu, 1 (1932) 100-104.

<sup>15</sup> Esta expresión significa la gracia que San Ignacio recibió en la célebre visión de La Storta, a pocos kilómetros de Roma, de la cual se hace mención inmediatamente. Recurre alguna otra vez en los escritos del Santo, como en su *Diario espiritual*; véase más abajo, al día 23 de febrero de 1544.

Et io, che scrivo queste cose, dissi al pelegriño, quando questo mi narra-va, che Laynez racconta-va questo con altre particularità, secondo havevo inteso. Et lui mi disse, che tutto quello dicea Laynez stava il vero, perchè lui non si ricordava tanto particolarmente; ma che all'hora quando lo narrava sa certo che non ha detto senon la verità. Questo medesimo mi disse in altre cose<sup>16</sup>.

97. Poi, venendo a Roma, disse alli compagni che vedeva le fenestre serrate, volendo dire che lì havevano di haver molte contraditioni. Et disse anche: —Bisogna che stiamo molto sopra di noi, et non pigliamo conversatione con donne, se non fossero illustri—. Di poi in Roma, per parlare di questo proposito, M. Francesco<sup>17</sup> confessava una donna, et la visitava alcuna volta per praticare le cose spirituali, la quale dipoi fu trovata gravida; ma volse il Signore che si scoperse colui che haveva fatto il maleficio. Il simile accade a Gioan Coduri con una sua figliuola spirituale, deprehen-sa con un homo.

98. Di Roma andò il pelegriño a Monte Cassino a dar gli exercitii al dottor Ortiz, et vi fu 40 giorni<sup>1</sup>, nelli quali vide una volta il bacigliier Hozes che intrava nel cielo<sup>2</sup>, et in questo hebbe grandi lagrime et gran consolatione spirituale; et questo vide tanto chiaramente, che se dicesse il contrario, gli pareria di dire la buggia. Et di Monte Cassino menò seco Francesco de Strada<sup>3</sup>.

Tornando a Roma, si exercitava in aiutare le anime; et stava-

<sup>16</sup> Conservamos una relación del P. Laínez sobre esta visión de La Storta. Se halla en una plática que hizo en Roma el año 1559 y ha sido nuevamente publicada en *Fontes narr.* II 133. La identificación del lugar donde recibió San Ignacio tan extraordinaria visión, que una antigua tradición colocaba en La Storta junto a la vía Cassia, a 16,5 kilómetros de Roma, ha sido recientemente confirmada con el hallazgo de un documento que la hace remontar por lo menos a 1631 (*Fontes narr.* II 133 nota 19), con lo cual debe completarse lo expuesto en *Fontes narr.* I 498 nota 23.

<sup>17</sup> Francisco Javier.

<sup>1</sup> Sobre el doctor Pedro Ortiz, a los datos que se dan en *Fontes narr.*, añádase:

97. *Después, viniendo a Roma, dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que habían de tener allí muchas contradicciones. Y dijo también: —Debemos estar muy sobre nosotros mismos y no entablar conversación con mujeres, si no fuesen ilustres—. Y a este propósito, después en Roma Mro. Francisco<sup>17</sup> confesaba a una mujer y la visitaba alguna vez para tratar de cosas espirituales, y esta mujer fue encontrada después encinta; pero quiso el Señor que se descubriese el que había hecho el mal. Algo semejante sucedió a Juan Coduri con una hija espiritual suya, que fue encontrada con un hombre.*

Y yo, que escribo estas cosas, dije al peregrino, cuando me narraba esto, que Laínez lo contaba con otros pormenores, según había yo oído. Y él me dijo que todo lo que decía Laínez era verdad, porque él no se acordaba tan detalladamente; pero que entonces, cuando lo narraba, sabe cierto que no había dicho más que la verdad. Esto mismo me dijo en otras cosas<sup>16</sup>.

## CAPITULO XI

98. San Ignacio va a Montecasino para dar los ejercicios al doctor Ortiz. Ve en el cielo el alma del bachiller Hoces. Se junta a Ignacio Francisco Estrada. En Roma se ejercita Ignacio en dar los ejercicios. Persecución suscitada contra él y sus compañeros. Va Ignacio a Frascati para hablar con Paulo III. Sentencia favorable. Pías obras fundadas o promovidas en Roma. Devoción de Ignacio y gracias extraordinarias de oración.—99-101. Del modo como escribió los *Ejercicios* y las *Constituciones*.

98. *Desde Roma fue el peregrino a Montecasino para dar los ejercicios al doctor Ortiz, y permaneció allí cuarenta días<sup>1</sup>, en los cuales vio una vez al bachiller Hoces que entraba en el cielo<sup>2</sup>, y en esto tuvo grandes lágrimas y gran consolación espiritual; y esto lo vio tan claramente, que si dijese lo contrario, le parecería que decía mentira. Y de Montecasino trajo consigo a Francisco Estrada<sup>3</sup>.*

*Volviendo a Roma, se ejercitaba en ayuda de las almas, y esta-*

C. ABAD, *Unas «anotaciones» del doctor Pedro Ortiz y su hermano fray Francisco sobre los ejercicios espirituales de San Ignacio*: AHSI 25 (1956) 437-454; BERNARD-MAITRE, *Les «Annotations» des deux frères Ortiz sur le traité de l'élection des Exercices spirituels (vers 1541-1546)*: Revue d'Ascétique et de mystique, 34 (1958) 393-434.

<sup>1</sup> Véase el n.92

<sup>2</sup> Este joven español, que acaba de ser despedido de la casa y servicio del cardenal Juan Pedro Carafa, se dirigía a Nápoles cuando lo encontró San Ignacio. Entró en la Compañía, donde fue célebre predicador y ocupó cargos importantes.

no anchora alla vigna <sup>4</sup>, et dava exercitii spirituali a diversi in un medesimo tempo; delli quali uno stava a santa Maria Maggiore, il altro a Ponte Sixto.

Cominciorno poi le persecutioni, et cominciò Michele <sup>5</sup> a dar fastidio, et dir male del pelegrino, il quale lo fece chiamare davanti al governorator <sup>6</sup>, mostrando prima al governatore una lettera di Michele, nella quale lodava molto il pelegrino. Il governatore examinò Michele, et la conclusione fu bandirlo di Roma.

Poi cominciorno a perseguitare Mudarra et Barreda <sup>7</sup> dicendo che il pelegrino et li suoi compagni erano fuggitivi di Spagna, di Parigi et di Venetia. Alla fine, in presentia del governorator et del legato <sup>8</sup> che all' hora era di Roma, tutti doi hanno confessato che non havevano niente di dire male di loro, nè delli costumi, nè della dottrina. Il legato commanda che si ponga silentio in tutta questa causa, ma il pelegrino non lo accetta, dicendo che volea sentenza finale. Questo non piacque al legato, nè al governatore, nè anche a quelli che prima favorivano al pelegrino; ma alla fine, dipoi di alcuni mesi, venne il Papa a Roma. Il pelegrino gli va a parlare a Frascata, et gli rappresenta alcune raggioni, et il Papa si fa capace, et commanda si dia sentenza, la quale si da in favore, etc. <sup>9</sup>

Si fecero in Roma con l'aiuto del pelegrino et delli compagni alcune opere pie, come sono li Catechumeni, santa Marta, gli Orfanelli, etc.

Le altre cose potrà narrare Mro. Nadale.

99. Io, dipoi queste cose narrate, alli 20 di ottobre domandai al pelegrino degli Exercitii et delle Constitutioni, volendo intendere come l'havea fatte. Lui mi disse che gli Essercitii non gli havea fatti tutti in una volta, senonchè alcune cose che lui osservava nell'anima sua et le trovava utili, gli pareva che potrebbero anche essere utili ad altri, et così le metteva in scritto, verbi gratia, dello examinar la conscientia con quel modo delle linee <sup>10</sup>, etc. Le electioni spetialmente mi disse che le haveva cavate da quella varietà di spirito et pensieri, che haveva quando era in Loyola, quando stava anchora malo della gamba <sup>11</sup>. Et mi disse che delle Constitutioni mi parlerebbe la sera.

<sup>4</sup> En la casa de Quirino Garzoni, situada en una viña en las laderas del monte Pincio, cerca de la iglesia llamada *Trinità dei Monti*.

<sup>5</sup> Parece tratarse de Miguel Landívar, llamado corrientemente *Natarro*. Llevando a mal la conversión de San Francisco Javier, tuvo en París intención de matar a San Ignacio. Después volvió sobre sí y llegó a querer entrar en la Compañía, pero o no lo consiguió o estuvo en ella por poco tiempo. (RIBADENEIRA, *De actis* n.19. *Fontes narr.* Il 332 y pasajes citados en la nota 22. *Ib.*, p.170; I 202).

<sup>6</sup> Era Benedetto Conversini, obispo electo de Bertinoro, trasladado en 1540 a Jesi. El 21 de mayo de 1538 había sido nombrado gobernador de Roma.

<sup>7</sup> Otros escriben Barrera. Estos dos españoles y otro paisano de ellos, Pedro de Castilla, fueron los principales fautores de una verdadera persecución que se levantó en Roma, el año 1538, contra San Ignacio y sus compañeros. Dio ocasión a ella la

ban todavía en la viña<sup>4</sup>, y daba los ejercicios espirituales a un mismo tiempo a varios; de los cuales uno estaba en Santa María la Mayor y el otro junto al Puente Sixto.

Comenzaron después las persecuciones, y comenzó Miguel<sup>5</sup> a molestar y hablar mal del peregrino, el cual le hizo llamar en presencia del gobernador<sup>6</sup>, mostrando antes a éste una carta de Miguel en la que alababa mucho al peregrino. El gobernador examinó a Miguel y la conclusión fue expulsarlo de Roma.

Después empezaron a perseguir Mudarra y Barreda<sup>7</sup>, diciendo que el peregrino y los compañeros eran fugitivos de España, de París y Venecia. Al fin, en presencia del gobernador y del que entonces era legado de Roma<sup>8</sup>, los dos confesaron que no tenían nada malo que decir contra ellos, ni en las costumbres, ni en la doctrina. El legado mandó que se impusiese silencio en toda aquella causa, pero el peregrino no lo aceptó, diciendo que quería la sentencia final. No gustó esto al legado ni al gobernador, ni siquiera a aquellos que favorecían antes al peregrino; pero al fin, después de algunos meses, vino el Papa a Roma. El peregrino fue a Frascati para hablar con él, y le representó algunas razones, y el Papa se hizo cargo y mandó se diese sentencia, la cual se dio a su favor<sup>9</sup>, etc.

Hiciéronse en Roma con ayuda del peregrino y de los compañeros algunas obras pías, como son los Catecúmenos, Santa Marta, los Huérfanos, etc.

Las otras cosas podrá contarlas el Mro. Nadal.

99. Yo, después de contadas estas cosas, a 20 de octubre pregunté al peregrino sobre los Ejercicios y las Constituciones, deseando saber cómo las había hecho. El me dijo que los Ejercicios no los había hecho todos de una sola vez, sino que algunas cosas que él observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podrían ser también útiles a los otros, y así las ponía por escrito, *verbi gratia*, del examinar la conciencia con aquel modo de las líneas<sup>10</sup>, etc. Las elecciones especialmente me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos que tenía cuando estaba en Loyola, estando todavía enfermo de una pierna<sup>11</sup>. Y me dijo que de las Constituciones me hablaría por la tarde.

predicación de un fraile agustino piamontés, llamado Agustín Mainardi, en la cual encontraron aquéllos algunos errores y empezaron a combatirlos. Aquel grupo de españoles favoreció al predicador, y lo hizo suscitando una campaña contra San Ignacio y los compañeros, que terminó con un decreto de absolución de éstos y con graves penas a los calumniadores. Esta persecución es referida por todos los biógrafos de San Ignacio y por el mismo Santo en carta a Isabel Roser de 19 de diciembre de 1538. Puede verse en *Fontes narr.* I 6-14.

<sup>8</sup> El cardenal Vicente Carafa, llamado el cardenal napolitano.

<sup>9</sup> La sentencia fue dictada el 18 de noviembre de 1538 y puede verse en MI, *Scripta* I 627-629.

<sup>10</sup> *Ejercicios* n.30.

<sup>11</sup> Véanse los n.7-9.

Il medesimo giorno, prima che cenasse, mi chiamò con un aspetto di persona che stava più raccolta dell'ordinario, et mi ha fatto un modo de protestatione, la somma della quale era in mostrare la intentione et simplicità con che havea narrate queste cose, dicendo che era ben certo che non narrava niente di più; et che havea fatte molte offese a nostro Signore dipoi che lo havea cominciato a servire; ma che mai non haveva havuto consenso di peccato mortale; anzi sempre crescendo in devotione, id est, in facilità di trovare Iddio; et adesso più che mai in tutta la vita sua. Et ogni volta et hora che voleva trovare Dio, lo trovava. Et che anche adesso havea molte volte visioni, maxime quelle, delle quali di sopra si è detto, di veder Cristo come sole<sup>12</sup>. Et questo gli accadeva spesso andando parlando di cose di importanza, et quello gli faceva venire in confirmatione.

100. Quando diceva messa, havea anche molte visioni; et che quando faceva le Constitutioni le havea anche molto spesso; et che adesso lo pò questo affermare più facilmente, perchè ogni dì scriveva quello che passava per l'anima sua, et lo trovava adesso scritto. Et così mi mostrò un fasce assai grande di scritte; delle quali me ne lesse buona parte. Il più erano visioni, che lui vedeva in confirmatione di alcuna delle Constitutioni, et vedendo alle volte Dio Padre, alle volte tutte le tre persone della Trinità, alle volte la Madonna che intercedeva, alle volte che confirmava.

In particolar mi disse in le determinationi, delle quali stette 40 dì dicendo ogni dì messa, et ogni dì con molte lagrime, et la cosa era se la chiesa haverebbe alcuna entrata, et se la Compagnia si potrebbe aiutare di quella<sup>13</sup>.

101. Il modo che observava quando faceva le Constitutioni era dire ogni dì messa et rappresentare il punto che trattava a Dio et far oratione sopra quello; et sempre faceva l'oratione et messa con lagrime.

Io desiderava vedere quelle carte delle Constitutioni tutte, et lo pregai me le lasciasse un poco: lui non volse.

<sup>12</sup> Véase el n.29,3.º-4.º Un texto castellano (ms. *Varia Historia* f.29) y la traducción latina de Viseto leen de diferente manera: «como solia» y «ut solet».

El mismo día, antes de cenar, me llamó con un aspecto de persona que estaba más recogida de lo ordinario, y me hizo una especie de protestación, la cual en substancia consistía en mostrar la intención y simplicidad con que había narrado estas cosas, diciendo que estaba bien cierto que no contaba nada de más; y que había cometido muchas ofensas contra Nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero que nunca había tenido consentimiento de pecado mortal, más aún, siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios, y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba. Y que aun ahora tenía muchas veces visiones, máxime aquellas, de las que arriba se dijo, de ver a Cristo como sol<sup>12</sup>, etcétera. Y esto le sucedía frecuentemente cuando estaba tratando de cosas de importancia, y aquello le hacía venir en confirmación, etc.

100. Cuando decía misa tenía también muchas visiones, y cuando hacía las Constituciones las tenía también con mucha frecuencia; y que ahora lo puede afirmar más fácilmente, porque cada día escribía lo que pasaba por su alma, y lo encontraba ahora escrito.

Y así me mostró un fajo muy grande de escritos, de los cuales me leyó una parte. Lo más eran visiones que él veía en confirmación de alguna de las Constituciones, y viendo unas veces a Dios Padre, otras las tres personas de la Trinidad, otras a la Virgen que intercedía, otras que confirmaba.

En particular me habló sobre las determinaciones, en las cuales estuvo cuarenta días diciendo misa cada día, y cada día con muchas lágrimas, y lo que se trataba era si la iglesia tendría alguna renta, y si la Compañía se podría ayudar de ella<sup>13</sup>.

101. El modo que el Padre guardaba cuando hacía las Constituciones era decir misa cada día y representar el punto que trataba a Dios y hacer oración sobre aquello; y siempre hacía la oración y decía la misa con lágrimas.

Yo deseaba ver todos aquellos papeles de las Constituciones le rogué me los dejase un poco; pero él no quiso.

<sup>13</sup> Del *Diario espiritual* de San Ignacio se conserva una parte, que es lo escrito en trece meses, desde el 2 de febrero de 1544 hasta el 27 de febrero de 1545. Este *Diario* se publica en el presente volumen, doc. n.6.

